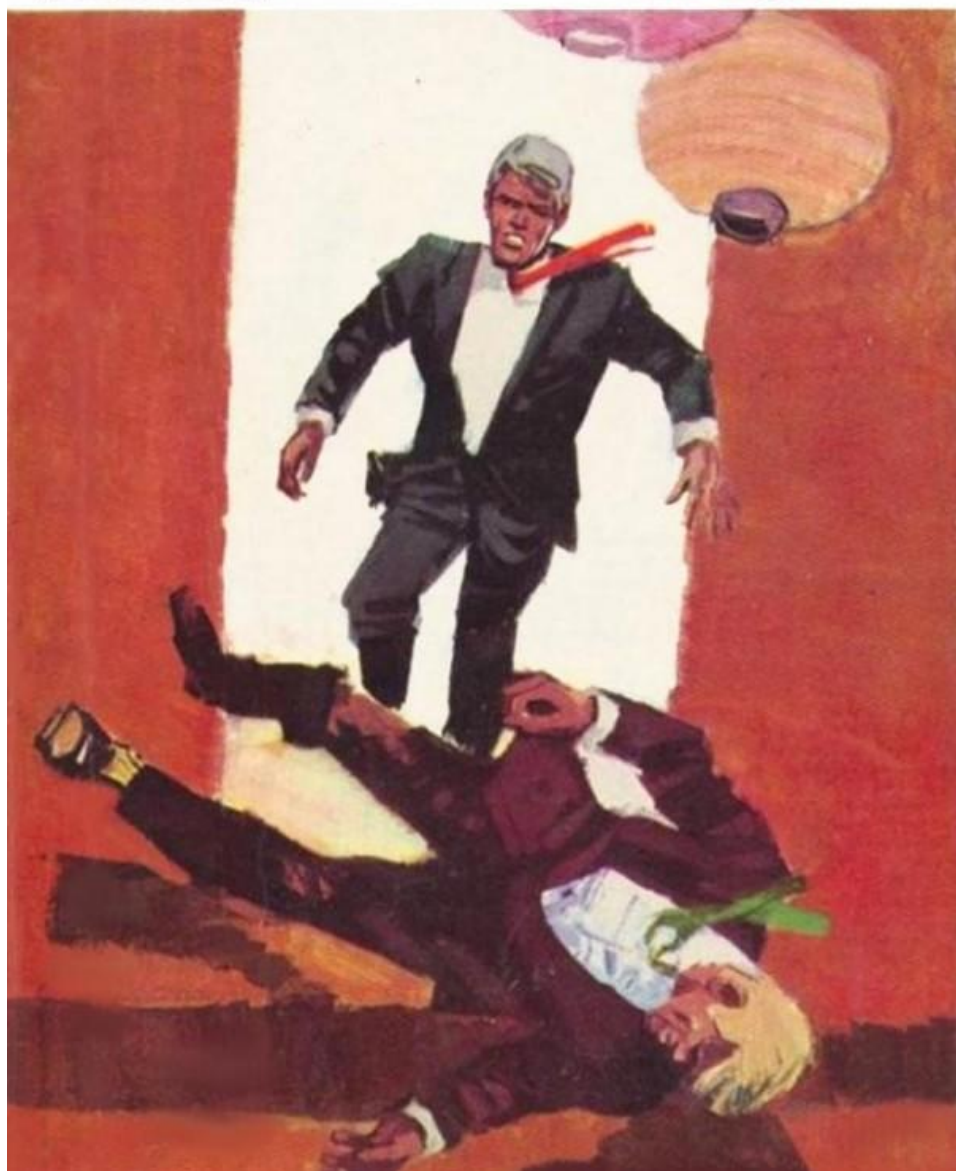


BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

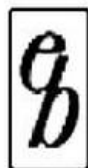
detective sin licencia

vic logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

**DETECTIVE
SIN
LICENCIA**

Colección PUNTO ROJO n.º 414

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 3.603 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1970

© VIC LOGAN - 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección AMAPOLA:

901.— Los dardos de Cupido.

En Colección ALONDRA:

814.— Una noche diferente.

En Colección CAMELIA:

757.— No soy lo que tú crees.

En Colección MADREPERLA:

1.065.— Lucha de sexos.

En Colección PIMPINELA:

1.158.— Tu amor no tiene precio.

En Colección ROSAURA:

1.111.— En el fango de la gran ciudad.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.020.— El inspector.

En Colección PUNTO ROJO:

408.— El asesinato de Laura.

En Colección ASES DEL OESTE:

559.— Ciudad turbulenta.

En Colección SALVAJE TEXAS:

680.— La recompensa maldita.

En Colección KANSAS:

587.— El último testigo.

En Colección BRAVO OESTE:

479.— El juez y el pistolero.

En Colección CALIFORNIA:

703.— Escuela de pistoleros.

CAPITULO PRIMERO

El inspector Loman Park escudriñó la nota y leyó en voz alta:

—Ernie Dolan, veintiocho años, metro ochenta y cinco de estatura, pelo castaño claro, noventa kilos de peso, dos veces campeón en el torneo de aficionados en boxeo, medalla de oro en salto de pértiga, lanzamiento de peso y cien metros libres en la olimpiada de Tokio, etcétera, etcétera...

Soltó la ficha y miró al teniente Darwey.

—Todo un cartel. ¿De qué se le acusa, teniente?

—Se armó un alboroto en el Continental. Y partee que todos coinciden en decir que Dolan fue el principal artífice.

—¿Y usted qué dice, Darwey?

—La denuncia está cursada, señor —replicó Darwey con expresión plañidera.

—Bueno, bueno, teniente. Suéltelo todo. Ernie Dolan es amigo suyo.

—Cierto, inspector. No es que siempre estemos de acuerdo en todo, pero es un buen chico. A veces hemos colaborado juntos. Es inteligente. Un buen elemento.

—He oído hablar del detective privado Ernie Dolan, y no siempre todo lo bien que sería de desear.

—Bueno. Todos tenemos nuestras cosas.

—Mi opinión de ese Dolan, por lo que he oído, es que ha visto demasiadas películas de detectives. Cree que hay que andar a golpes y aprovechar los intermedios para coleccionar chicas bonitas.

—Tiene bastante atractivo entre el elemento femenino. Es natural en él.

—Todavía no me ha dado su opinión respecto al asunto, Darwey. La cosa es bastante grave y con lo de ahora se juega la licencia por una buena temporada.

—No puede hacerle esto, señor... Bueno, quiero decir que si le retira la licencia hará el juego a Mike Polane, el escurridizo.

—¿Controla el Continental?

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo?

—Hace cuestión de tres semanas.

—¡Tres semanas! ¿Y no se me había informado? Soy el jefe de la zona... ¿Es que no puedo fiarme siquiera de la gente a mis órdenes?

—Creí que había sido informado, señor. Lo siento. Fue un descuido.

—Darwey, tenga cuidado con esos descuidos. Polane es un sujeto peligroso. Cierto que nunca se le ha podido coger en nada turbio, pero todos sabemos que es mucho lo que tiene que ocultar, y puede hacerlo

gracias a su influencia con gente de la que más vale no hablar.

—Es una lástima. Dolan opina que nos andamos con demasiadas contemplaciones. Y creo que tiene razón. Polane es un *gangster*.

—Cuando quiera la opinión de su amigo Dolan ya se la pediré, Darwey. El joven teniente se mordió la lengua.

Su amigo estaba en un buen lío y ante todo quería abogar por él delante del jefe, porque de lo contrario...

—Lo siento, Darwey. Tendré que intervenir la licencia a Dolan. Procuraré que no sea de un modo definitivo, pero si se han cursado las denuncias no puedo hacer otra cosa.

El jefe, inspector Loman Park, examinó de nuevo el informe.

—Aquí dice que Dolan se presentó en el club con una mujer que identificó a su marido que estaba divirtiéndose con las chicas de la casa y armó un escándalo. El dueño del local ya le había advertido previamente de que no quería ningún altercado, a pesar de todo Dolan no hizo caso. Cuando se produjo el escándalo, Dolan fue invitado a salir, pero se resistió y por contra la emprendió a golpes contra camareros y gente que intentó detenerle, y no satisfecho con todo esto acabó destrozando el local. — Loman hizo una pausa, leyó para sí algunas hazañas más que venían en el informe y dejando la nota sobre la mesa añadió—: Todo un cartel.

—Dolan no lo cuenta así.

—¿No esperará que confiese?

—En este asunto hay algo más, señor. Polane tiene pendiente una cuenta con mi amigo, desde hace tiempo. ¡Claro que Dolan se basta para estropear solito el local! Pero en esto le ayudaron, y es lo que Dolan se pregunta. ¿Por qué diablos lo hicieron? ¿Por qué originaron una pelea que él no había empezado? Le digo, inspector, que mi amigo no es enteramente culpable, y se ha propuesto investigarlo.

—Mire, no perdamos más tiempo, teniente. Tenemos cosas más importantes. Lo único que se puede hacer es que el dueño del local tase los desperfectos. Si se conforma con que Dolan pague y retira la denuncia, nos olvidaremos de ello, pero entretanto retenga la licencia a su amigo. Es un orden.

—Sí, señor, pero dudo mucho que... En fin, nada.

—Hable, Darwey, hable. Me fastidia que la gente se quede a medias. Cuando se dirija a mí no haga suspense. ¿Qué iba a decir?

—Que en todo esto hay la mano de Polane.

—Olvídese de Polane, a menos que le pesque en algo importante y pueda probarlo.

—Sí, inspector. La eterna canción de siempre.

Y Darwey se marchó resignado.

Nada tenía que objetar al recto proceder de su jefe, pero pensaba en Ernie Dolan, y en cómo iba a decirle que su licencia de detective privado

iba a ser intervenida temporalmente por orden superior.

* * *

En el bar La Bola Negra, Ernie Dolan escribía unas cuartillas, sentado en mangas de camisa, con una copa de cerveza delante de sí y una estupenda rubia de ojos azules y cuerpo moldeado.

La muchacha agitó las piernas que la minifalda apenas cubría, con intención de llamar la atención al escribiente.

Dolan dejó un momento de escribir para tomar un sorbo de cerveza y gruñir al tiempo de soltar el brazo.

—Deja de moverte, encanto. Distraes mi trabajo.

—Creí que ya te habías olvidado de mí.

—¿Cómo voy a olvidarme de un monumento nacional?

—No bromees. Si ni siquiera te has fijado en toda la tarde.

—Primero es el trabajo, hija. De un momento a otro va a entrar mi buen amigo Jack Darwey para pedirme mi licencia. ¡Adiós trabajo! Por eso escribo mis memorias. Tal vez encuentre algún editor especialista en relatos de la serie negra que se interese por él. ¿No te he contado nunca su vida, linda? Recuérdame que lo haga cualquier día cuando no tenga un mal bocado que llevarme a la boca y tenga que echarme al estanque de Central Park para pelearme con los peces en disputa de las migajas de pan que les echan los visitantes.

—En verdad eres exagerado.

—Di más bien que soy positivista... Oye... ¿Te había dicho ya que eres un bombón? —Y Dolan miró con toda naturalidad el ondulante cuerpo de la rubia para volver su atención a las cuartillas.

Darwey llegó en aquel momento.

Dolan ni siquiera había alzado los ojos, pero ello no fue obstáculo para demostrar que había visto perfectamente al recién llegado.

—Mi licencia está sobre la mesa. Siéntate y no me distraigas. Para eso ya tengo a Bombón Smith. Te la presento.

Darwey sonrió a la joven que alzó los hombros con un gesto de impotencia como queriendo decir: “No hay quien pueda con ese pelmazo”.

Un pelmazo que atraía las miradas femeninas, como por ejemplo la de la mujer alta y bien formada con aspecto de poseer una gran mundología adquirida en bares de más categoría que La Bola Negra.

Sentada en una mesa próxima aquella dama con apariencias de pertenecer a la alta sociedad observaba disimuladamente al apuesto detective privado. Bueno, ex detective.

—Si estorbo, hablaremos más tarde —dijo Darwey.

—Por lo menos tengo para una hora. Si eres capaz de permanecer callado y no despegar los labios no me molestas —replicó Dolan.

—Te llamaré luego —replicó Darwey.

El policía hizo intención de irse, pero Dolan, siempre sin volverse exclamó:

—La licencia. Te la olvidas.

—No hay prisa. Luego me la darás.

—Yo también me voy, Ernie. Comprendo que hoy tienes que hacer.

—Pues te has dado cuenta bastante tarde.

Un poco desilusionada la rubia después de vacilar durante unos momentos, decidió emprender el camino que conducía a la puerta y de allí a la calle.

Eran algo más de las ocho y Dolan era ya, con la dama de la mesa contigua, el único Cliente del bar.

El seguía escribiendo cuando de pronto como si notara un peso molesto se metió la mano por entre la chaqueta y se quitó el revólver que dejó sobre la mesa, para seguir con sus cuartillas.

Entonces la dama se levantó.

Era alta, bien proporcionada y vestía un modelo que parecía exclusivo de una *boutique* de la Quinta Avenida.

Su paso firme y su mirada seria ligeramente trastocada por una incipiente sonrisa le daban una mayor categoría.

Plantada ante el detective, sus palabras no parecían estar muy de acuerdo con su empaque. Por lo menos la forma con que las pronunció:

—¿Siempre suele tratar así a las mujeres, señor Dolan?

Había un ligero deje sarcástico en la voz de la dama, y el rictus de su rostro se hizo más profundo denotando un cierto aire burlón, pero todo ello dentro de la mayor dignidad.

Dolan la miró fugazmente y replicó espontáneo:

—Para variar suelo besarlas, pero mi lema es: primero el trabajo.

Volvió a mirarla como si hasta entonces no hubiese calibrado la belleza de aquella mujer ni se hubiese dado cuenta de que había algo “distinto”. Algo que la hacía elevarse por encima de las muchachas sencillas y corrientes con las que un hombre como él se tropieza todos los días.

Carraspeó y se levantó solícito.

—Perdón, señora... No me había dado cuenta. Tendré que ir a un oculista. ¿Lleva mucho tiempo aquí? ¿Puedo ofrecerle un asiento?

La mujer se acomodó ampliando su sonrisa.

—Llevo bastante rato, pero estaba usted tan atareado.

—¿Qué quiere tomar?

—Nada, gracias. Ya he tomado un café mientras esperaba la oportunidad de poder hablar con usted.

—Ya veo que me conoce.

—Vi su foto recientemente en un periódico.

—¿Recientemente? ¿Ayer tal vez?

—Sí. No le sacaron muy favorecido —sonrió ella.

—Bueno. Los del Continental tenían ganas de fiesta extra y les complací. Y ya se sabe. Después de una fiesta todo son ojeras. Es una forma de expresarme.

—Comprendo. Tiene usted una manera muy original de ver las cosas. Pero ya veo que le estoy robando su tiempo.

—No importa. Es una propaganda para Rogers. —Y señaló al *barman* que permanecía silencioso con su rostro similar al de un besugo.

Parecía un hombre totalmente ausente. Como si estando allí en presencia, su espíritu se hallara a miles de kilómetros.

—Un bar vacío no incita a la gente a entrar. Con clientes como usted es toda una propaganda. Claro que si quiere ir a mi oficina.

—No, no, señor Dolan. Aquí es mejor. Podrían seguirme. ¿Comprende?

—Pues, no. No la comprendo.

—Quiero encargarle un trabajo y a alguien no podría gustarle.

—Eso es normal, pero también pueden haberla seguido hasta aquí.

—Ya me he cerciorado antes. No. No hay nadie que me espere fuera.

—Me gustan los trabajos, aunque mis detractores opinen que prefiero a las chicas...

—¿Me escucha, señor Dolan? —cortó la mujer borrando la sonrisa de sus labios y cambiando el tono de su voz.

Seguía hablando con voz pausada y melodiosa, pero ahora impregnándole un tono no exento de energía, propio de la persona acostumbrada a dar órdenes. En una palabra, aquella mujer creía hallarse ante un subordinado suyo.

Si Dolan captó la intención del tono, no hizo nada para reprochárselo, pero se limitó a decir con la naturalidad que le era característica:

—Temo que venga o demasiado pronto o demasiado tarde. Acaban de retirarme la licencia.

—¿Por lo del Continental? —dijo ella de nuevo con una sonrisa a flor de labios.

—Usted lo ha dicho.

—Bueno. Puede aceptar el trabajo como cosa... digamos particular.

—Me pide usted que burle a la ley.

—Lo que yo deseo podría hacerlo cualquier persona sin credencial de detective.

—Ya veo que no me tiene en mucha estima, señora...

Ella omitió el nombre y siguió rectificando a Dolan.

—Al contrario, señor Dolan. Precisamente lo que necesito es un hombre como usted. A usted concretamente. Está hecho a medida para lo que yo deseo.

—¿En qué quedamos?

—Quise decir que el trabajo no necesita de títulos, pero sí de cierta dosis de... ¿Cómo diría yo? Perspicacia.

—Es usted muy lista, señora, si con una foto en la que no salí demasiado bien, pudo adivinar que en mí había un hombre perspicaz.

—¡Oh! Tomé algunos informes. Su nombre es bastante conocido — replicó ella aceptando la réplica anterior de Dolan sin mostrarse ofendida.

El detective guardó silencio mientras se dedicaba a observar atentamente a la dama.

Mentalmente le calculó la edad, veintiocho tal vez, o menos... Con el maquillaje se dijo que una mujer lo mismo puede quitarse años que ponérselos.

Luego aquel vestido y el empaque eran también motivo para ponerle algunas primaveras de más, aunque ni mucho menos para envejecerla.

Que era joven saltaba a la vista, y además de hermosa, resultaba sugestiva, apetecible, pese a que ninguno de sus gestos era provocativo.

Las piernas, cubiertas con una falda que aun siendo “mini” resultaba discreta, bien cortada y mejor llevada.

El chal de piel legítima de visen cubriendo la blusa bordada a mano que destacaba el busto sin estridencias ni exageración... Todo, todo el conjunto era realmente perfecto a los ojos del detective.

—Bien, señora. Expóngame de qué se trata y veré lo que puedo hacer. Aunque insisto que sin licencia, podría ganarme un buen “paquete” si acepto trabajo.

—Nadie sabrá que trabaja. Todo será muy simple, todo menos el precio. Me gusta pagar bien. En esto no habrán desavenencias.

—Lo pone usted todo tan bien...

—¿De acuerdo entonces?

—Nunca me comprometo sin antes saber de qué se trata.

—Después... Dentro de una hora. Cuando termine el trabajo.

—¿Por qué no ahora?

—Dentro de mi coche. Allí no nos oírán nadie.

—¡Oh! Si lo dice por Rogers no importa. No es sordo ni mudo, pero como si lo fuera. Nunca recuerda nada y apenas habla.

—En el coche, dentro de una hora —insistió ella, poniéndose en pie—. Siga trabajando —añadió—. Yo voy a un par de sitios. Volveré.

—La estaré esperando, señora...

—Después. Después hablaremos de todo.

Y con su andar majestuoso, erguida ella, se encaminó hacia la salida. Desapareció tras la puerta sin volverse.

Rogers permanecía en la misma actitud de ostracismo. Dolan, por el contrario, parecía impresionado por primera vez en su vida.

Sí. En verdad nunca nadie le había visto verdaderamente interesado por algo como lo estaba entonces.

Aquella mujer, su correcta forma de hablar, la extraña proposición. Bueno. No era extraña porque en realidad no había explicado nada.

Dolan se volvió a sus cuartillas, pero ya no pudo continuar, porque en aquel momento entraron cuatro hombres.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia él.

Uno de los recién llegados dirigiéndose al dueño del bar dijo en tono seco y autoritario:

—Hola, Rogers, sirve cuatro whiskys dobles, deja la botella sobre el mostrador y cierra la puerta. Por hoy ya has trabajado bastante.

CAPITULO II

El que había ordenado el cierre del bar se sentó a horcajadas sobre una silla con el respaldo por delante y frente a Dolan que había dejado de escribir.

Rogers, ya con la puerta cerrada volvió a colocarse detrás del mostrador y comenzó a interesarse por la escena que se desarrollaba al otro lado de la barra.

—¿Todo esto en honor mío, Jud Barrie?

El que estaba sentado a horcajadas, más bien de baja estatura en comparación con Dolan, pelo ligeramente cano y el ojo izquierdo un tanto desviado replicó con voz seca, dura:

—Debiste suponerlo, amigo. Últimamente te estás volviendo, digamos, demasiado atrevido. No sabes hasta dónde puedes llegar.

—¿Lo has pensado tú o te envía Sterling?

—Enjuágate la boca antes de pronunciar su nombre, Dolan. Eres un maldito bastardo.

—Voy a enjuagarme la boca para prevenirme de una epidemia. La basura trae siempre epidemias y vosotros sois basura.

Uno que vestía un traje con demasiadas rayas para ser elegante sacó la mano del bolsillo de su pantalón y la cerró y abrió varias veces como si ejercitara un ejercicio gimnástico.

Era Brazos Lester.

Medía los dos metros y sobrepasaba los cien kilos, pero en su cuerpo no parecía haber ni un gramo de grasa superflua. Todo eran músculos y el gigante parecía muy satisfecho con ello.

—Espera, Brazos. Ya le daremos su ración. De momento por si no lo recuerda le refrescaremos la memoria.

Dolan comprendió que aquella noche iba a serle bastante difícil poder salir de La Bola Negra por su propio pie.

Rogers, con su sempiterna mirada indiferente, abrió con lentitud uno de los cajones del mostrador.

Lenta y disimuladamente su mano se posó sobre una pistola automática, pero antes de conseguir sacarla, otra mano le golpeó con fuerza el brazo.

Era el tercero de los tipos que habían entrado.

Se le conocía simplemente por Smoke debido sin duda a que encendía una sola cerilla al día para fumar. Luego ya no cesaba de soltar humo. Encendía un pitillo con la colilla del otro.

Ahora con el cigarrillo colgando de un extremo de la boca, estaba

sentado sobre el mostrador, evitando con el golpe que Rogers pudiera sacar la automática.

No habló. Con un gesto indicó que le diera el arma.

Cuando Rogers obediente a la fuerza le entregó la pistola, el otro la guardó en el bolsillo y con una seña indicó a Rogers que saliera de detrás de la barra.

Tras una leve vacilación, el *barman* obedeció.

El cuarto de los recién llegados se situó detrás suyo y apenas Rogers había pasado, sacó rápidamente un revólver automático y levantándolo súbitamente lo descargó contra la nuca del *barman* que a consecuencia del golpe contundente cayó de bruces como un saco.

Dolan apretó los dientes.

—Os estáis pasando de la raya. Rogers no tenía nada que ver.

—Así no molestará —dijo el llamado Jud Barrie que seguía sentado a horcajadas en la silla con el respaldo por delante.

—Está bien, pandilla de matones de tres al cuarto. Acabemos de una vez. Sois cuatro, pero todavía puedo dejares un buen recuerdo de este día.

—No te hagas ilusiones, Dolan. Eres fuerte, pero todavía está por ver si Brazos no se basta él solito para convertirme en un guñapo.

Y tras una pausa Jud añadió:

—Esto te enseñará a no meterte con el jefe.

—Yo no me metí con nadie.

—Le birlaste a la chica. Te advirtió que no lo hicieras.

—Yo no le quité nada. Ella me contrató. Sterling la tenía secuestrada. Esa es la palabra adecuada. Me pidió protección y yo la ayudé.

—Sterling te pidió que no lo hicieras. Te hubiese pagado diez veces más de lo que ella te dio. Fuiste un cabezota. Sterling es influyente. Con él no te hubiese ido nada mal.

—No escupo sobre el dinero, Jud, pero hay algunos dólares que desprenden mal olor. ¿Comprendes, Jud? No... Tú no puedes comprender porque estás metido dentro del mal olor y ya no puedes notarlo.

Dolan sonrió con sarcasmo.

Jud se puso en pie consultando su reloj.

—Dentro de un minuto exactamente vamos a hacerte tragar esa sonrisa impertinente.

El detective no se movió.

Limitóse a poner en orden las cuartillas.

Tampoco intentó apoderarse del revólver que antes había dejado sobre la mesa, porque antes de pensarlo siquiera, el llamado Smoke se había apoderado de él guardándolo en uno de sus bolsillos.

Los segundos transcurrían.

Brazos sonreía golpeando su puño derecho contra la palma de la mano zurda.

Smoke, calmamente, se había acercado a Dolan y comenzó a sacarse la chillona chaqueta dejando al descubierto unos tirantes anchos y floreados sobre una camisa azul oscuro.

El otro se situó detrás de la silla del detective con los brazos en jarras.

Por fin, Jud sacó del interior de su chaqueta una automática y con ella encañonó a Dolan.

—Ahora vas a estarte muy quietecito, Dolan —advirtió.

—Si lo pides tan cortésmente... —sonrió el detective en la misma actitud tranquila y pacifista.

Brazos estaba al otro lado de la mesa y todo daba la impresión que de un momento a otro iba a empezar el “baile”.

—Oigan... Ustedes no pueden... —empezó el dueño del bar, pero la furibunda mirada de Smoke le contuvo.

—¡Ya ha pasado el minuto! —dijo Jud.

Aquello era la señal para “comenzar”.

Dolan lo sabía y no se hizo esperar.

Con movimientos calculados y precisos hizo un gesto rápido para empujar la mesa hacia delante.

Brazos recibió el impacto en la parte alta de las piernas y se dobló hacia delante, mientras Dolan, levantado ya, echaba sobre el rostro de Jud el contenido del vaso a medio vaciar que un momento antes había cogido.

Jud se echó hacia atrás, mientras Smoke pasaba al ataque blandiendo los puños.

Dolan, con extraordinaria rapidez, golpeó primero soltando su derecha, que chocó contra la mandíbula de su tercer atacante, mientras el cuarto, que no había pronunciado palabra, se acercaba blandiendo con las dos manos uno de los taburetes de la barra.

Lo soltó en dirección a la cabeza de Dolan, pero éste se agachó un instante dejándolo pasar. El taburete fue a estrellarse contra Jud, que lanzó un gemido y cayó perdiendo el revólver.

Smoke quiso apoderarse del arma, pero ya tenía el pie derecho de Dolan golpeándole despiadadamente el rostro.

Smoke fue el primero en quedar fuera de combate.

Pero había que contar con Brazos que repuesto ya entraba en acción catapultando su zurda contra el abdomen de Dolan.

El detective sólo consiguió librarse a medias de aquel golpe similar a la coz de una muía en celo.

Se echó hacia delante y recibió en pleno mentón la derecha de Brazos que le tumbó contra el mostrador, haciendo tremolar la madera.

Brazos estaba de nuevo al quite, pero aquella vez el golpe que lanzó contra el detective pudo ser neutralizado por el antebrazo de éste y librarse así de un severísimo castigo que hubiera podido resultar fatal.

Jud se incorporó y lanzóse hacia delante con la cabeza a modo de

ariete. Menos mal que Dolan pudo saltar a tiempo y el *gangster* se estrelló contra el mostrador, faltando poco para que su dura cabezota no agujereara la madera.

Brazos volvió a la carga.

—¡Maldito! —rugió—. Sujetadle que le daré su merecido.

Pero para sujetarle sólo quedaban Jud y Sin Nombre.

Sin Nombre era el cuarto matón, al que nadie había nombrado todavía. Este quiso colocarse a uno de los flancos de Dolan para impedirle cualquier movimiento, pero el detective se lanzó contra él y asiéndole de un brazo consiguió imponerle una presa y Sin Nombre se vio volteado por el aire, cuando Jud a su espalda se incorporaba asiendo nuevamente el revólver.

Dolan estaba demasiado atento a Brazos el más peligroso de todos en lucha cara a cara.

Esquivó un doble golpe y pasó al ataque descargando su derecha contra el rostro del gigante que se tambaleó.

Un zurdazo de los que son capaces de derribar a una muía, hizo mediana mella en el cuerpo de aquel hércules, que, sin embargo, pasó por un segundo de inconsciencia sin llegar a caer al suelo.

Dolan disparó el tercero de sus potentes y demoledores impactos y al fin Brazos se derrumbó como un pelele.

Pero cuando se volvió atinando a pensar en Jud, éste ya tenía en alto el revólver, cuyo cañón descargó contra la cabeza del detective.

Dolan no pudo parar el golpe traidor y se desplomó, notando que todo oscurecía a su alrededor.

Cayó al suelo con el conocimiento perdido por completo.

* * *

Jud cuidó de refrescar bien a los otros, utilizando envases de agua de selz.

Cuando los cuatro se encontraron con las fuerzas recuperadas, cargaron con Dolan.

—Va a llevarse lo suyo —profirió entre dientes Jud que no le había perdonado la paliza recibida, pese a ser cuatro contra uno.

Entonces, cuando Dolan todavía no había recuperado la noción de la realidad, Smoke y Sin Nombre le sujetaron, mientras Brazos y Jud comenzaron a golpearle con saña en las partes más vulnerables de su cuerpo.

El rostro del detective comenzó a sangrar.

Los rechazos contra su abdomen, bajo vientre, pecho, hígado y riñones se sucedían sin interrupción.

Jud y Brazos golpeaban con saña, machaconamente.

—Vamos a dejarle tullido —masculló Jud—. Cada día de su vida se acordará de nosotros.

El detective era un pelele que se movía a voluntad de los golpes que

aquellos enérgicos frenéticos le propinaban, no ya por indicación de su jefe solamente, sino por deseos propios de tomarse el desquite.

Rogers tuvo que volver el rostro para no presenciar aquel cruel ensañamiento.

—Lástima que esté inconsciente —masculló Brazos.

Smoke propuso:

—¡Vamos a despertarle! Voy a por un sifón.

—¡No! Déjalo —replicó Jud—. Hemos perdido demasiado tiempo.

Brazos propinó el postrero de sus golpes al estómago del inconsciente Ernie Dolan.

El detective quedó tumbado en el suelo hecho un guiñapo.

—Le sacaremos fuera —dijo Jud, y dirigiéndose al dueño del bar, añadió en tono conminativo—: Tú, abre la puerta y vuélvela a cerrar. Y de lo que has visto, punto en boca si no quieres que volvamos a por ti.

Rogers obedeció, encaminándose lentamente hacia la puerta con su habitual inexpresividad en su rostro.

Cuando la puerta enrollable estuvo levantada, y a una indicación de Jud, Smoke salió a la calle para cerciorarse de que no había nadie observando.

Reapareció e hizo una señal. Jud a su vez con un movimiento de cabeza indicó a Brazos que ya podía cargar con Dolan.

El forzado levantó con ambas manos al caído y él solito lo transportó hacia la calle.

—¡Al coche! —ordenó Jud.

El automóvil estaba aparcado en el callejón próximo al bar.

Lo metieron en el asiento posterior. Brazos y Smoke se sentaron a cada lado disimulando con sus cuerpos al inconsciente detective.

Jud se sentó al volante y Sin Nombre ocupó el sitio que quedó a su lado.

Rogers, después de clavar su mirada en el vehículo, cerró nuevamente el establecimiento.

El auto se puso en marcha...

Dejó aquella parte de la ciudad para tomar una de las autopistas que salían del centro de Manhattan en dirección norte.

Poco después el vehículo discurría por una zona cercana al Hudson.

Jud salió de la carretera y condujo el automóvil por un sendero secundario hasta detenerse en un descampado.

El lugar era lo más parecido a un vertedero de basuras. Allí se amontonaban toda clase de objetos inútiles: hierros, maderas, cajas, cizalla, papeles, excrementos.

—¡Allá con él! —ordenó Jud que seguía llevando la voz cantante.

Brazos y Smoke lo cogieron por debajo de los brazos y por las piernas respectivamente y lo soltaron en medio de la porquería.

Jud quedó unos instantes observándole.

—Ahora está donde debe —murmuró, y enseguida volvió a meterse dentro del coche, para desaparecer rápidamente del lugar.

Bajo las estrellas, en un lugar inmundo y maloliente quedó el insensible cuerpo de Ernie Dolan.

CAPITULO III

Las bien torneadas piernas de la mujer no fueron suficiente antídoto para despertar totalmente al detective.

Miró hacia lo alto y sonrió como un estúpido, para volver a perder nuevamente la noción de la realidad.

—¡Vamos! Haga un esfuerzo. Voy a ayudarle —dijo la voz femenina.

Dolan jadeó. No podía con su alma.

Los encantos de la dama —que era la misma que había hablado con él en el bar de Rogers— no consiguieron reanimarle.

Se sentía cansado, agotado.

Su extraordinario poder de recuperación le permitió hacer un esfuerzo, pero no consiguió sino sujetarse a las faldas de la mujer y murmurar:

—Lo siento... Lo siento.

Con un gran esfuerzo la elegante consiguió incorporarle.

—Cójase a mí. Así... Por los hombros.

El detective volvió a sonreír.

Su rostro parecía un mapa topográfico; con las magulladuras, las hematomas y la sangre que ya se había resecado.

A duras penas, Dolan pudo asirse a su bienhechora y a trancas y barrancas consiguió llegar hasta el lujoso “Ford” cuya puerta trasera ella había dejado abierta.

Se derrumbó sobre el confortable asiento, mientras ella rápidamente se situaba al volante y tras cerrar la puerta ponía en marcha el motor del coche.

—Si esto es el cielo, no me importaría estar muerto —pudo balbucir Ernie Dolan antes de perder nuevamente el conocimiento.

La mujer se había alejado de aquella especie de estercolero y conducía el coche por la carretera principal.

El detective no podía adivinar la ruta. Seguía durmiendo, insensible a todo.

* * *

Cuando Dolan abrió de nuevo los ojos, los efectos de los golpes continuaba sintiéndolos sobre su cuerpo maltrecho, pero era evidente que se encontraba bastante más recuperado.

Tal vez la presencia de la mujer que había cambiado sus galas de calle por una atrevida *negligé*, hicieron que el detective intentara bucear en lo que había ocurrido.

—Creo..., creo que la cabeza no me funciona todavía a pleno rendimiento. Ayúdeme, por favor..., si no es usted una aparición.

—No. No soy una aparición —sonrió ella—. Se han ensañado con usted, y agradézcame que estuviera cerca para sacarle de allí. ¡Cómo le han puesto!

—Hummm... ¿Nos hemos visto antes, verdad? —intentó sonreír él, pero al hacerlo notó que todo el rostro le dolía.

—No debo resultar muy atractivo en estos momentos —añadió—. ¿Tiene por ahí un espejo?

—Ahora no se mueva. Le he limpiado las heridas.

—¡Oh! ¿Es usted mi hada buena?

—Tal vez...

Dolan miró en torno suyo, recorriendo con los ojos toda la lujosa habitación.

Las paredes forradas de suave tela rosada, los muebles blancos de buen estilo, las luces indirectas, el suelo dispuesto con una alfombra continua, y la cama blanda, con sábanas de seda y colchones mullidos.

Le pareció que se hallaba en uno de esos dormitorios que a menudo salen en las películas y que pertenecen siempre a personas pudientes, adineradas...

—Bonita choza —sonrió—. ¿Qué es esto? El paraíso sin duda...

—Está usted en mi casa.

Dolan observó un momento a la dama. Le pareció más hermosa que en el bar. Sin maquillaje, más natural, era una mujer joven, de alcornia, pero menos sofisticada que con las pieles y los afeites.

Sí. Hasta podía pasar por una de las muchachas con las que trataba frecuentemente.

Miró hacia la ventana cubierta con primorosos cortinajes que impedían el paso de la luz del exterior.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada —replicó ella.

—¿De qué día?

—No se preocupe. Solamente ha estado inconsciente unas cinco horas.

—¿Le parece poco?

—Peor pudiera haberle ido.

—Sí, claro. Dígame dónde estoy.

—Ya se lo he dicho. En mi casa. ¿Se encuentra mejor?

—De eso hablaremos luego. Quiero saber en qué sitio me encuentro y no vuelva a decirme que estoy en su casa.

—No puedo decirle más.

—¿Qué?

—Si se refiere al lugar, no se lo diré —sonrió ella.

—¿Es una adivinanza? Usted me ha traído aquí.

—Escuche, Dolan, hace apenas unas horas le dije que le necesitaba, y sigo necesítándolo. Las circunstancias han determinado de que antes de

que usted pudiera ayudarme a mí, haya estado que hacerlo yo con usted. Compréndalo. Por motivos que no son del caso no podía llevarle a un hospital, y tampoco podía dejarle tirado en aquel horrible lugar. Así que decidí traerlo a casa, pero le ruego que no haga preguntas.

—De veras que no la entiendo. Usted me ayuda, me pide que la ayude a mi vez y esto... tiene todas las trazas de un secuestro. ¿Por qué no puede decirme dónde estoy?

—Señor Dolan —murmuró ella tras un silencio—. Una vez usted cumpla el encargo que tengo que hacerle posiblemente no nos veremos más, y si nos viéramos, yo aseguraría no haberle visto nunca...

—Muy interesante. Cuénteme el segundo episodio.

—No bromea, señor Dolan.

—¡Oiga, oiga! Yo le agradezco que se haya preocupado por mí! ¡Gracias, canastos! Pero todo esto me suena a... novela barata, por no encontrar una expresión mejor... ¿No comprende que sólo tengo que levantarme y echar un vistazo para saber dónde estoy?

—No lo haga.

—¿Por qué no?

Sin replicar, la mujer se incorporó de la cabecera de la cama donde se hallaba sentada y entonces Dolan comprobó cuán cerca había tenido a aquella belleza de misterioso proceder.

Ella le dio la espalda y se encaminó hacia una mesita donde había una botella y dos copas.

Sirvió dos raciones y avanzó de nuevo hacia la cama.

—Beba. Supongo que le gusta el whisky.

—Me encanta. Es mi medicina predilecta.

Ella se quedó para sí el vaso con menor contenido y lo alzó en mudo y simbólico brindis.

—Por usted.

—Por usted —repitió él sorbiendo lentamente el contenido alcohólico del vaso.

Cuando hubo vaciado el recipiente de primoroso cristal tallado, sonrió.

—Me encuentro mucho más despejado. Ahora le ruego que me hable claro.

—Todavía no. Está usted fatigado, demasiado para comprender.

—No, no. —Y con la protesta, Dolan intentó incorporarse pero entonces se dio exacta cuenta de que le faltaba todavía bastante para hallarse en su forma habitual.

—¿Lo ve? Necesita un largo descanso.

—¿En esta casa?

—No. Mañana ya no estará usted aquí.

—¿Cómo piensa sacarme? ¿Me venderá los ojos?

—No será necesario.

—Piensa que me los venderé yo mismo. ¿O va a pedirme que los cierre para no saber el lugar donde me encuentro?

—Usted dormirá profundamente cuando se vaya de aquí.

—¿Que dor...?

Tenía todavía el vaso en la mano, y entonces notó el primer síntoma de pesadez en su cabeza.

—¡Comprendo! Ese condenado whisky que acabo de beberme...

Ella sonrió.

—Era necesario. Usted no puede saber dónde se halla, señor Dolan. Es demasiado impulsivo y desearía averiguarlo... No tema. El narcótico que acaba de ingerir es benigno. Dormirá usted profundamente. Le hace mucha falta, y mañana despertará usted en su apartamento.

—No hay que fiarse de las apariencias. ¿Eh? Deme la mano...

—¿Para qué?

—Vamos, deme la mano.

—No intente levantarse. No podría llegar hasta la ventana.

—Eso lo dejo para mejor ocasión. Vamos, deme la mano.

Ella avanzó su bien cuidado y desnudo brazo. El la observó atentamente antes de cogerle la mano solicitada.

—¿Piensa que después de esto todavía voy a ayudarla? —murmuró.

—Le telefonearé mañana. Si acepta recibirá usted dos mil dólares por el “trabajo” que voy a encomendarle... Si no acepta, quizá algún día cuando lea mi esquila en el periódico tendrá remordimientos de conciencia.

El comenzó a apretar aquella mano blanca, suave, sedosa.

—No sé si es usted la mayor farsante que he visto en mi vida o... o la mujer más... más... —No pudo continuar la frase.

Quería apretujar aquella mano, pero le faltaban las fuerzas. El cerebro se le nublaba, y los ojos se le cerraban contra su voluntad.

Comprendió que el narcótico estaba haciendo su efecto. Quiso sobreponerse, dominar el fármaco, pero fue inútil. Asido a la mano de la bella, se dejó caer hacia atrás.

Volvió a quedar profundamente dormido.

CAPITULO IV

Al principio creyó que todo había sido un sueño.

Pero poco después, primero al moverse, y después al recordar los últimos acontecimientos se dijo que había vivido la más extraña de las realidades de toda su vida.

El cuerpo le dolía en varias partes y ello de por sí le recordaba ya la paliza que le habían propinado.

Después revivió en su mente el despertar en aquella habitación lujosa, ante la presencia de la misteriosa desconocida.

Recordaba también la conversación iniciada en el bar de Rogers que tuvo su extraña continuación en aquel aposento blanco que podía describir perfectamente, pero que ignoraba por completo su exacto emplazamiento.

Por último fue el timbre del teléfono el que le dio la evidencia de que lo sucedido, aunque lo pareciera, no había sido un sueño.

Alargó la mano y cogió el auricular que sonaba insistentemente.

Miró en derredor antes de contestar.

Estaba ciertamente en su casa. Aquella habitación desordenada era la suya. Más allá, después de la puerta, estaba su despacho estudio, donde atendía a la gente, trabajaba, y a veces hacía el amor a alguna de sus amigas.

Sí... Ella le había llevado allá tal como prometió. Pero ¿cómo?

Había tenido que abrir la puerta. ¿Con qué llave?

Pensó que era un estúpido ya que la llave la tenía en el bolsillo de su pantalón y para el más idiota resultaba perfectamente posible quitársela para abrir.

Miró sobre la mesita y vio que el manojito de llaves estaba allí, junto con los escasos billetes del Banco de América que le quedaban, un ticket del *subway*, una entrada del Madison Square Garden, el arrugado paquete de cigarrillos y una carterita de fósforos de cartón con el anuncio del bar de Rogers.

Decidió contestar al teléfono y no le sorprendió en absoluto escuchar al otro lado del hilo la voz de la dama.

—¿Se encuentra mejor, señor Dolan? —fueron las primeras palabras de la mujer.

—Me encontraría mejor si estuviera usted aquí.

—No puede ser, señor Dolan. Ya le dije que era peligroso que me vieran por su casa.

—Creo que para usted no hay nada peligroso. Se paseó conmigo estando yo inconsciente, me llevó a su casa y me ha devuelto a la mía.

¿Cree que en todo este tiempo nadie se ha dado cuenta de lo que hacía?

—Espero que no. Si se hubieran dado cuenta lo que tengo que pedirle sería mucho más urgente, porque mi vida dependería exclusivamente de usted.

—Me pone en un buen gancho. Siento curiosidad para saber cuál es la presa —replicó Dolan con evidente interés.

—¿Está dispuesto a ayudarme?

—Depende. Hable si no tiene miedo a que oigan nuestra conversación. Siendo tan precavida como aparenta, encuentro extraño que se confíe al teléfono.

Ella replicó:

—Le hablo desde una cabina pública. Nadie puede oírme, excepto usted.

—Soy todo oídos, madame.

—Me gusta el nombre. Puede llamarme así si lo desea.

—Bien, hable —replicó él con tranquilidad, deseando saber de una vez lo que se escondía detrás de todo aquel misterio.

Ella carraspeó antes de pasar a formular su petición.

—Escúcheme bien, señor Dolan... Se trata de recuperar cierto documento...

—Oiga... Si se trata de un caso de espionaje...

—Déjeme continuar —atajó la mujer—. No es nada de lo que haya podido suponer. Se trata de un documento particular.

—¿De qué trata el documento?

—Es algo que me compromete a mí, y a otras personas.

—¿Está segura de que no desea hablar con Ian Fleming?

—¿Qué? —preguntó ella extrañada.

—Me refiero al creador del personaje James Bond.

—¡Oh, deje de bromear! No es ningún asunto de espionaje, se lo aseguro... A menos que crea que Max Sterling tenga nada que ver con tales asuntos.

—¿Ha dicho usted Max Sterling? —preguntó Dolan cambiando de tono e incorporándose de la cama a pesar de las contusiones.

—Sí, sabía que le interesaría —replicó ella.

—Poco a poco. No he dicho que sí todavía.

—¿Ni por dos mil dólares?

—Por ese dinero iría a hacer un servicio a la Luna, pero a veces la estratosfera está más limpia. Explíquese mejor.

—Usted conoce el despacho de Sterling seguramente.

—Estuve en él una vez.

—Si es necesario le enviaré un plano.

—¡Oiga! ¿Cómo sabe que estuve allí?

—¡Qué importan los detalles! Por favor, no sea tan preguntón... Yo sé la

combinación de la caja. En ella está el documento. En un sobre color azul bastante grande. No puede usted confundirse... La caja está detrás de la armadura que hay cerca de la ventana. Debajo de la mesa de su escritorio existen varios botones. El segundo de la derecha, no se le olvide, el segundo de la derecha, repito, es el que hace mover la armadura y deja al descubierto la caja. Está a un metro del suelo aproximadamente. La combinación es...

Se interrumpió para pedir:

—No es necesario que la anote. Grábesela en la mente.

—El consejo está de más, siga.

—Atienda. Es izquierda y 29. Derecha 31, derecha otra vez y 01. ¿Se acordará?

—Creo que sí.

—Recuerde el año 29, el 31 que es el día del mes, y enero. En conjunto es la fecha que nació Sterling.

—Supongamos que acepto. ¿Dónde he de entregarle el sobre?

—Lo depositará en un apartado automático de la estación de Pennsylvania. Cuando reciba el dinero encontrará dentro del sobre la llave del buzón. Aquí terminará su trabajo.

—Usted no es un detective privado lo que necesita...

—Por eso le dije que no importaba la licencia.

—En cambio le importo yo, porque, ignoro por qué motivo, sabe usted que han existido relaciones entre Sterling y yo. ¿No es cierto?

—Y porque es usted audaz, señor Dolan.

—¿Y que ocurrirá si Sterling me descubre? ¿No sabe que han sido sus hombres los que ayer me obsequiaron con sus caricias?

—Si lo sé.

—Quizá no pueda disfrutar de sus dos mil dólares si me pescan.

—Usted cuidará de que no sea así. Sterling va todas las noches a su club “Cueva de Oro”.

—Pero deja guardianes en su cueva particular.

—Espero que le sea fácil burlarlos. Usted conoce los procedimientos y costumbres de la casa. ¿No es cierto?

—Me gusta calcularlo todo. Suponga que a pesar de mis cuidados, me descubren con el sobre en la mano. ¿No cree que adivinarán enseguida el nombre de la persona que me ha pagado para que lo recupere?

—Es un riesgo que debo correr, señor Dolan, pero confío en usted. Ello le dará idea de hasta qué punto mi vida está en sus manos.

—Aún hay más... Usted está rodeando todo esto de un secreto supernovelesco, pero cuando yo tenga el sobre en mis manos puedo abrirlo y saber en qué consiste el misterio que ahora se niega a desvelar.

—Confío en que no lo haga, señor Dolan, pero aunque la curiosidad le venciera, no encontraría nada de valor para usted. Sólo unos nombres sin

importancia para quien no sepa lo que significan.

Dolan guardó silencio, mientras a través del auricular podía escuchar la respiración de la mujer.

—¿Está usted ahí? —inquirió la voz femenina con alguna impaciencia.

—Estoy pensando.

—Por favor, no puedo perder más tiempo.

—Podría ir a Sterling y contarle todo esto —dijo el joven.

—¿Después de lo de ayer? ¡Oh, señor Dolan! No se haga de rogar. Usted no simpatiza con los hombres como Sterling. Lo hará o no lo hará, pero sé que puedo fiarme de usted.

—Está bien Madame X. Usted gana. ¿Cuándo tendré los dos mil machacantes?

—Están en camino, señor Dolan.

—¿Eh?

—Sabía que aceptaría...

—Pero...

—Adiós. No nos volveremos a ver. Adiós, señor Dolan y Dios le bendiga.

El detective escuchó el inconfundible sonido que le advertía que al otro lado de la línea acababan de colgar el teléfono.

Colgó él también, y apenas salido de su estupor, la llamada del timbre de la puerta le devolvió a la realidad.

Se incorporó de la cama y notó en todo el cuerpo los efectos del correctivo sufrido la noche anterior.

Se puso en pie.

Iba sólo con el slip blanco y nada más.

Buscó el batín y se lo enfundó, cuando el timbre tornaba a sonar con evidente insistencia.

—¡Ya va! ¡Ya va! —exclamó dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

Al abrir se encontró con un mensajero que le entregó un sobre corriente bastante abultado.

—¿Señor Dolan? —preguntó el muchacho uniformado.

—Sí.

—Es para usted.

—¿No tengo que firmar?

—No, gracias.

—Espera, voy a darte una propina.

—No, señor. Ya me la han dado. Usted lo pase bien.

—Y sin querer hacer caso de los gestos del detective el mensajero se dirigió por el corredor hasta la escalera.

—¡Espera! —gritó Dolan.

El muchacho no le hizo el menor caso y por contra aceleró los pasos, mientras Dolan le seguía.

—Quiero hacerte un par de preguntas. Te digo que esperes.

Sin importarle la vestimenta que llevaba avanzó hacia la escalera.

Descalzo y con el batín que apenas le cubría el slip ofrecía en verdad un aspecto nada normal.

Una vecina de la puerta cercana a la escalera salió en aquellos instantes y después de fijarse en el detective exclamó.

—¡Qué horror! La inmoralidad se ha metido en nuestras casas... Deben ser los efectos de la televisión.

Dolan no pudo seguir al botones, porque por la escalera apareció el teniente Darwey, su amigo de la brigada de investigación criminal.

Examinó un momento a Dolan y arqueando las cejas murmuró:

—¿Bebiste mucho anoche, o es que ésta es la última moda?

—Tú siempre tan oportuno...

—¿Detrás de quién ibas?

Dolan iba a decir algo, pero optó por meterse el sobre en el bolsillo y andar hacia su apartamento.

Darwey murmuró:

—Todavía te estoy esperando. Dijiste anoche que...

El detective le cortó.

—Ahorra palabras, amigo. Si lo que quieres es mi licencia, la debo tener por ahí. —Y entró en su apartamento seguido de Darwey.

CAPITULO V

El chorro de agua fría de la ducha devolvió a Dolan parte del vigor, pero no consiguió disimular sus magulladuras.

En umbral de la puerta del exiguo cuarto de aseo del piso del detective, Darwey murmuró.

—¿Cenaste con una pantera, o te has acostado con una docena de gatos?

—Estoy en ayunas —refunfuñó Dolan saliendo del baño y frotando enérgicamente su cuerpo con una toalla.

Darwey observaba el rostro de su amigo.

—Te hicieron un buen tatuaje.

—¿Tratas de sonsacarme? —inquirió Dolan anudándose la toalla a la cintura.

—Sé que sería inútil.

—Deja que me vista sin testigos. Soy muy tímido, ya lo sabes.

Darwey sonrió alejándose de la entrada para posar su mirada en la mesita donde el detective había tirado el sobre que le entregara momentos antes el mensajero. El envoltorio estaba sin abrir todavía, porque Dolan había adivinado ya qué era lo que contenía.

Cuando salió de la ducha alguien llamó a la puerta.

—Yo abriré —dijo Darwey.

—¿Has venido para husmear? ¿Por qué no tomas mi licencia y me dejas tranquilo? Tengo que hacer.

—No creo que estés en condiciones, Ernie. —Y lo dijo porque el detective disimulando un gesto de dolor se dejó caer cerca de la mesita donde tenía los licores.

Darwey abrió la puerta y no encontró a nadie, pero al mirar al suelo vio un envoltorio hecho con papeles de periódico.

Lo cogió y lo desenvolvió con cuidado, comprobando que se trataba de un revólver automático.

—¿El tuyo? —inquirió entregándolo a Dolan.

—Lo conoces bien.

—Es peligroso dejarlo olvidado en algún lugar —sonrió Darwey.

—No lo dejé olvidado. Me lo cogieron... prestado, anoche.

—¿Los que te pusieron la cara como un mapa oro— gráfico?

—Me caí. ¿Satisfecho, amigo?

—No. Denuncia a esos tipos y...

—Y te harán una visita a ti. Vamos, Darwey somos amigos, no rivales. No te deseo ningún mal.

—Está bien. Loman Park sigue en sus trece. No quiere líos con Polane y de momento te retira la licencia. Hoy tengo que hablar con Tracy Howard.

Es el dueño del local que destrozaste. Si se aviene a cobrar los desperfectos y a retirar la denuncia no tendrás dificultades.

—¿Y de dónde se supone que he de sacar el dinero? —inquirió Dolan después de tomar un segundo trago de whisky.

—Que yo sepa tienes algún dinero.

—¿Qué insinúas...?

—Brenda... —empezó Darwey.

—Eso ni lo sueñes, Darwey. Y me extraña que me propongas tal cosa.

—Pon los pies en el suelo, amigo. Si te retiran la licencia no tendrás qué llevarte a la boca. Bueno... Para eso están los amigos, claro, y yo lo soy, pero te conozco.

Tú no aceptas limosnas. ¿De qué vas a trabajar?

—Tengo dos manos.

—No cometas ninguna locura.

—Gracias por el consejo, Darwey, y... por tu ofrecimiento de darme algún bocado con que mantenerme en forma.

—No seas cabezota, Ernie... Brenda te dejó.

—Gracias por recordármelo, amigo.

—¡Oh, Ernie, no tomes las cosas por el lado malo! Ya sé que tu la adorabas, pero la cosa no salió bien, todos podemos equivocarnos...

—Sí... Y yo cometí ese error. Un matrimonio relámpago. Una luna de miel inolvidable y un despertar a los tres días, peor que una pesadilla. ¡Maldita sea mi estampa! Dicen que soy inteligente y no supe demostrármelo a mí mismo.

—No quería recordártelo.

—Ni yo. Brenda resultó ser una mujerzuela de la peor especie. De acuerdo, estamos separados. No sé dónde está ni me importa, pero aquel dinero es suyo y no tocaré ni un centavo. ¿De acuerdo, Darwey?

—Está bien... Si en algo puedo ayudarte.

Se hizo un silencio. Dolan tomó su tercer whisky, luego volviéndose hacia la ventana que daba a la calle murmuró:

—Gracias, Darwey. He sido un poco brusco. Estoy algo nervioso estos días. Déjame, te lo ruego.

Darwey asintió en silencio, luego se encaminó hacia la puerta, no sin antes echar una ojeada al revólver que había dejado sobre la mesa junto al sobre.

* * *

Que el sobre contenía los dos mil dólares prometidos por la extraña y elegante dama, era algo que Dolan sabía antes de abrirlo.

Le pagaban por adelantado como si supieran de antemano que él, Ernie Dolan, era un hombre que sabía hacer honor a sus compromisos.

Contó el dinero.

Dos mil dólares en billetes de uno, dos y cinco dólares... Y la llave.

La llave marcada con el número 422, correspondiente al apartado automático de la estación de Pensilvania.

Dejó el dinero en el interior del cajón de la mesita, y cogiendo el revólver lo depositó en el bolsillo interior de la chaqueta que acababa de enfundarse.

Volvió a abrir el cajón para observar nuevamente el dinero.

“El dinero de Brenda”, pensó recordando la insinuación del teniente Darwey.

¡Brenda!

¿Quién se acordaba de Brenda?

El. Quisiera o no, debía pensar en el único paso en falso de su vida. O en el único fracaso...

Brenda era una mujer joven, bonita, llamativa, pero terriblemente ingenua.

Al menos así se lo pareció a Ernie Dolan cuando la conoció dos años antes en Las Vegas, donde había ido para resolver un asunto.

Se sentó recordando aquel instante de su vida en que todo iba a cambiar para él.

Sí. Iba a cambiar, sólo que el cambio fue sólo un breve intermedio que le había dejado un momentáneo sabor que procuraba olvidar con su carácter optimista, y con el ascendiente que tenía sobre el sexo opuesto...

Tomando su cuarto whisky rememoró el pasado. Aquella parte de su vida en la que intervino Brenda Mansfield de una forma decisiva.

Apenas había vuelto los ojos hacia atrás para pensar, cuando sonó el teléfono.

Dolan volvió a la realidad.

Tomó el auricular, y con la incredulidad reflejada en su semblante escuchó a través del hilo la voz de la persona a quien estaba rememorando: Brenda. Su esposa.

—Ya sé que te extrañará mi llamada, Ernie. Pero es necesario que nos veamos.

—Si necesitas que te hagan el amor creo que te has equivocado de número —dijo él reaccionando de la sorpresa.

—Por favor, Ernie. Esto es muy serio. Ya sé que te perdí, pero no he llamado para dar ni pedir explicaciones...

—Estaría bueno que las pidieras. Adiós, bonita. Ya perdí demasiadas horas contigo.

—¡Espera, Ernie! Puedes hacerme los reproches que quieras. Lo de ahora es serio. Y grave. Necesito verte. Es importante... para los dos.

—No hables en plural, nena.

—¡Por Dios, Ernie! Es un caso de vida o muerte. Te espero a las diez en el hotel Morocco, está en la Séptima Avenida. No faltes... Te repito que es muy importante.

Y sin esperar respuesta, Brenda colgó.

¡Brenda otra vez!

¿Qué era lo que podía querer de él?

¿Por qué le llamaba al cabo de dos años con una actitud tan misteriosa?

¿Es que acaso en las últimas horas todo se había confabulado contra Dolan?

El detective encendió un pitillo y entornó los ojos.

En verdad la voz de su esposa, a la que no había visto desde entonces, le pareció angustiada.

Podía encogerse de hombros y dejar que se apañara, pero... Empezaba a sentir curiosidad.

Decididamente salió a la calle. Necesitaba aire fresco y comprobar qué tal le sentaba dar un paseo.

CAPITULO VI

Cruzaba la cuarenta y cuatro, casi en el corazón de Broadway, en la hora en que más tránsito circulaba por aquella zona de Manhattan.

Las aceras estaban rebosantes de gente y en la calzada los coches llenaban por completo el asfalto.

Dolan cruzó fuera del paso de peatones, con intención de alcanzar el otro lado de la calle y adentrarse por la Quinta Avenida hacia Central Park.

La media hora que llevaba andando le parecía excesiva. Verdaderamente no se hallaba en condiciones.

La paliza de la noche anterior le había dejado en un estado extraño al que estaba poco acostumbrado.

Pensó que por lo menos necesitaba un par o tres de días de reposo absoluto, pero tenía pendiente el encargo de la desconocida dama y quería darle término cuanto antes.

Bien mirado el trabajo no era complicado ni requería un gran esfuerzo, y en todo caso Ernie Dolan sentía una gran curiosidad, pero no fue sólo la curiosidad lo que le había decidido a aceptar el encargo.

Había algo más...

Los tipos como Sterling no le eran simpáticos, y no por lo de la noche anterior.

El —Dolan— tenía mucho que decir sobre Sterling. Entre otras cosas que era un canalla. Uno de tantos que andaba suelto “por falta de pruebas”. Por tanto deshacerle una de sus canalladas era tanto como hacer un servicio a la sociedad, en el caso presente, representado por tan elegante y bella dama como la desconocida que le había contratado. Luego... estaban los dos mil dólares que eran un aliciente más.

Pensaba en ello al cruzar la calle cuando por la única hilera de coches que era posible circular con cierta rapidez, se despegó un “Cadillac” rojo.

Su conductor aceleró como si intentara ganar una carrera en los últimos metros. Lo hizo en el momento en que Ernie Dolan cruzaba.

El grito horrorizado de una mujer hizo volver las miradas de la gente: —¡Cuidado!

Dolan se dio cuenta de que su vida dependía de la rapidez de sus piernas o de la agilidad de su cuerpo.

El coche estaba allí, pisándole materialmente los zapatos.

El detective con increíble rapidez de reflejos se lanzó hacia el otro lado de la calzada.

Los gritos se multiplicaron.

Se escuchó el chirriar de frenos de otro vehículo que tuvo que *clavar* el coche para no atropellar a Dolan. •

—¡Se va a matar! —gritó alguien.

—¿Pero qué sucede ahí?

—¡Ha sido horrible!

Un conglomerado de gente corrió en torno a Dolan que se levantaba del suelo entre la discusión general.

—¿Es que no hay suficientes puentes para suicidarse? —masculló el chófer que tuvo que frenar en seco.

Dolan se levantó sacudiéndose el traje, mientras alguien preguntaba si se había hecho daño.

—Gracias, no es nada...

Se volvió para ver el “Cadillac” rojo que había desaparecido.

Sólo uno de los curiosos testificó la verdad de lo sucedido.

—Ha sido el “Cadillac” rojo. Se ha lanzado como un loco. Parecía hacerlo a propósito.

—¡Deberían castigar a estos asesinos del volante.

Dolan se escabulló de entre la gente, cuando un par de agentes se acercaban para normalizar el tráfico.

Al detective ya no le cabía la menor duda de que aquello no había sido un hecho casual.

No eran asesinos del volante. Eran concretamente unos asesinos a secas, cuyo objetivo era sin duda eliminarle a él.

Aquello había sido plenamente premeditado.

Se alejaba entre la gente, cuando la voz femenina llamó su atención.

—¡Ernie!

El se volvió y sonrió al ver el diáfano, expresivo y apetecible rostro de Vilma Darrow.

—A las chicas como tú deberían prohibirlas pasear por la calle. Pueden causar más de un accidente.

—No bromees, Ernie. ¿Eras tú el que estaba ahí...? —y señaló a la gente que ya se dispersaba mientras los policías conseguían poner el tráfico en orden.

—Sí... Por poco dejo mis huesos en la Séptima Avenida... No es un mal sitio, pero habría sido una pena dejar este mundo sin volver a contemplar tu lindo rostro.

—Siempre serás un tunante. Anda, vamos, invítame a una copa. Creo que la necesitas. No tienes muy buen aspecto... ¿Quién te ha arañado?

—Un gato muy juguetón que me regalaron. ¿Dónde quieres tomar esa copa?

—Bien pensado podríamos ir a mi casa. Está aquí cerca. ¿Ya lo has olvidado?

—¡Oh! Esto me suena a reproche... Disculpa, Vilma. He tenido mucho

que hacer.

—Tú siempre tan ocupado...

—¿Sales ahora del trabajo?

—Sí. Bueno, hace ya un rato. Tenía el turno de noche y a la salida del hospital he comprado algunas chucherías.

El detective se fijó en el par de paquetes que la muchacha llevaba y se apresuró a ayudarla.

—¿Es que no duermes nunca? —sonrió.

—Después de tomar un café. Un par de horas me serán suficientes. Luego tengo que estudiar.

—Pero si eres la mejor enfermera del Estado. A las chicas guapas debería bastarles con esto.

—Hago prácticas de quirófano. Esta mejor pagado y más interesante. Y después hago unos cursillos especiales...

Habían doblado la esquina y siguieron charlando hasta el tercer portal marcado con el número 624. Allí ella tomó la delantera y subió la media docena de escalones que daban acceso a la puerta de la calle. Extrajo una llave del bolso y la abrió.

Otro tramo de escaleras interiores les llevó hasta la primera planta del edificio.

La puerta número cuatro era la que correspondía al nombre de Vilma Darrow.

La muchacha franqueó la entrada al detective, que conocía bien aquel acogedor apartamento que constaba de salón principal, una cocina disimulada por una puerta corredera, el dormitorio único con su correspondiente baño y un cuarto trastero de reducidas dimensiones.

—Ponte cómodo, mientras yo me cambio —murmuró ella entrando directamente al dormitorio.

Dejó la puerta abierta, y el detective pudo ver como las prendas de la muchacha iban saltando al pie de la cama.

Poco después la vio aparecer con una vaporosa y cómoda bata de andar por casa, que no ocultaba las primorosas formas de la enfermera.

Minutos más tarde ambos estaban acomodados en el diván tomando café. Dolan, además, tenía ante sí la botella de whisky y un vaso.

—Cualquiera de estos días te llamaré. Necesito salir con alguien como tú. Creo que será como una ráfaga de aire fresco en medio de un infierno.

—¿Tan mal te va que recurras a mí como al Ejército de Salvación? —sonrió ella picarescamente.

—Estoy un poco cansado. Además, te debo demasiados momentos buenos para olvidarlos tan fácilmente.

—Pues nadie lo diría...

Se hizo un silencio. El dejó el café y se sirvió un whisky que bebió lentamente con expresión rememorativa.

—¿Algo va mal, Ernie? —inquirió ella en tono serio.

—A ti puedo decírtelo.

—¿Qué es?

—Ella.

—Tu... mujer.

—Sí. Me ha llamado por teléfono hace apenas una hora. Dice que quiere verme.

—¡Oh!

—¡Maldita sea! Es una espina que tengo clavada. La tenía ya olvidada y... por dos veces surge algo que me la hace recordar, y la segunda vez ella misma... Ha inventado un cuento para que esta noche a las nueve vaya a verla al hotel Morocco.

—No sé qué decirte, Ernie... Pero después de todo es tu mujer.

—Como si no lo fuera. Por mí no existe.

—Tal vez está arrepentida...

—Debió pensarlo antes, Vilma... Tú sabes lo que pasó. Contigo jamás he tenido secretos... Recuerdo muy bien lo que sentí durante los días que siguieron después de aquello.

La enfermera guardó un comprensivo silencio. Después murmuró:

—Ernie... Tú eres franco, sincero y piensas que todos han de ser como tú, por eso acusas más los golpes, pero en este caso concreto creo que lo que más sentiste fue lo que creíste una burla premeditada. Te hirió tu amor propio, y es esto lo que no has sabido perdonar.

La jovialidad de Ernie se reflejó en su semblante para replicar en tono amargo, revestido de falso humor:

—¿Qué pensarías de un hombre que al tercer día de luna de miel, le vieras en un club nocturno abrazado a otra mujer? ¿Le darías un premio?

—Verdaderamente...

—Esto es lo que sucedió, Vilma. Llevábamos tres días. Aquella tarde ella dijo que quería ir a la peluquería. Era ya tarde. Se lo dije, pero me aseguró que había visto una que no cerraba en toda la noche. Bueno. En Las Vegas es lógico. ¡Cómo podía pensar yo...!

”Tardaba pero pensé que había encontrado gente. Salí a tomar unas copas y entonces la vi entrar en el local. No quería creerlo, y hasta me hubiera dado de bofetadas cuando cruzó por mi mente la idea de entrar... Pero algo me empujó a hacerlo a pesar de mis escrúpulos. Y entré.

”Ella estaba al fondo. La reconocí perfectamente a pesar de la luz tenue. Iba con un tipo y se metieron en el reservado. Cuando un minuto más tarde yo me planté en el umbral de la puerta estaban abrazados como si llevaran meses sin verse. Creo que mi primera intención fue matarles a los dos, luego... incomprensiblemente, todo me dio igual, y me largué. Me fui. ¿Qué podía hacer? ¿Habría servido de algo pedir explicaciones?

Dolan hizo una pausa que le sirvió para servirse un nuevo whisky. Era

el sexto en la mañana, pero su aspecto era perfectamente normal, propio del hombre acostumbrado a beber y a saber en todo momento cuando es suficiente.

Tras tomar un sorbo prosiguió hablando. Más que un diálogo o una explicación aquello era como una rememoración del pasado.

—Ella me telefoneó un par de veces, pero no quise saber nada.

—Quizá cometiste un error.

—¿Crees que debí perdonarla? No, Vilma. Al tercer día no. Mentira y traición. No sé cómo supe que aquel tipo y ella, ya habían sido novios. Lo que nunca he conseguido saber es por qué diablos se casó conmigo...

Hizo otra pausa para concluir el contenido del vaso.

—Si no te conociera lo suficiente diría que estás bebiendo demasiado —murmuró la enfermera.

Dolan estaba ya disparado. Amargado unas veces, fingiendo ironía las otras continuó aquella especie de soliloquio.

—Y su extraño proceder... Tenía cinco mil dólares. Era todo su capital, sus ahorros, dijo, quiso que yo se los administrara como una prueba de confianza, lo depositó en el Banco con mi propia firma...

Y aquí Dolan se interrumpió pensando en las palabras de su amigo el teniente Darwey.

El policía le había dicho que aquel dinero legalmente era suyo puesto que el matrimonio seguía en vigor y él podía disponer de la suma, pero Dolan negó rotundamente.

¡Jamás tocaría aquel dinero! No quería nada qué viniese de aquella mujer.

Tomó un sexto whisky.

—Si te ha pedido que vayas a verla, debes hacerlo, Ernie. Por escucharla no vas a perder nada.

—Tú siempre actuando de buena samaritana. Gracias por tus consejos. Bueno —consultó el reloj—. Creo que ya te he robado bastantes horas de sueño, querida.

—Me gusta charlar contigo y poderte ser útil, Ernie —murmuró ella levantándose al mismo tiempo que él.

El detective la miró profundamente y dio un paso más hacia ella.

Los ojos de ambos permanecieron fijos. Los labios de la enfermera temblaban ligeramente.

Dolan acercó su boca a la de la mujer y la besó.

El beso fue largo, sabroso. Luego él prometió:

—Te llamaré un día de éstos. ¿Cuándo terminas tu guardia de noche en el hospital?

—La he terminado hoy.

—Entonces... Tal vez te llame antes de lo que esperas. Adiós, Vilma. Y sin poder ni querer evitarlo volvió a besarla. Ella le ofreció generosa sus

labios y correspondió con toda efusión a la caricia del hombre.

CAPITULO VII

Había pasado la mayor parte del día deambulando por la ciudad.

Al anochecer se apostó cerca del lujoso edificio de apartamentos de Parck Avenue, y esperó.

Del portal, bajo la luz de los modernos faroles, vio surgir la elegante y sofisticada silueta de Sterling al que acompañaban dos de sus hombres. Les reconoció como Brazos y Jud.

Pensó que en el piso quedaría uno solo, vigilando rutinariamente. Quien quiera que fuese sería conocido suyo, por tanto tenía que tomar precauciones. En aquel trabajo no quería ser reconocido.

Aguardó a que el auto de Sterling se alejara y cruzó la calle con paso seguro.

Se metió dentro del portal y prescindiendo del ascensor automático utilizó la escalera.

El apartamento estaba en el piso octavo.

Subió con agilidad hasta llegar a la puerta que comunicaba con el amplio y bien iluminado corredor.

Conocía bien la distribución de los pisos.

La puerta del apartamento correspondiente a Sterling estaba situada casi en frente de la salida de emergencia, o sea delante de donde él se encontraba. Más a la derecha existía otra entrada y salida a la que se llegaba a través de un pasillo más estrecho que servía de acceso a dos apartamentos.

Tras la puerta de aquella entrada de servicio era donde generalmente se quedaba el hombre encargado de vigilar.

Dolan metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. No pertenecía al piso de Sterling, pero la peculiar forma del instrumento servía para varias puertas. Dolan entendía algo de eso.

Salió al corredor y después de asegurarse de que no se acercaba nadie avanzó hacia la entrada principal.

Puso la llave en la cerradura. Forzó unos instantes como si trabajara con una ganzúa, hasta que el cerrojo cedió.

Lentamente, el detective empujó la puerta, observando que el interior estaba oscuro, a excepción de una luz lejana que venía del saloncito contiguo a la entrada de servicio.

La fina percepción del hombre le hizo notar el aroma de tabaco procedente también de la misma dirección.

Forzando más el sentido del olfato podía notarse igualmente el olor a buen whisky.

Dolan cerró la puerta con cuidado y avanzó hacia el *living*, magnífica pieza por su amplitud y bella decoración. La barra del bien surtido bar, los muebles, los cortinajes, la tapicería y las alfombras era todo, además de caro, del mejor gusto.

El detective miró en derredor y puso en práctica su plan.

Se acercó al bar y tomó un vaso y una cucharilla con la que golpeó el cristal.

El golpe sonó como una campanilla que el hombre encargado de vigilar oyó perfectamente y se apresuró a levantarse y acudir al *living* con cierto recelo.

Con una pistola en la mano avanzó siguiendo el mismo camino que poco antes había recorrido Dolan.

El detective aguardaba la aparición del hombre, detrás de un biombo de persiana situado justo a la entrada.

En la amplia puerta apareció la figura del vigilante.

Era Smoke.

“Lástima que no sepas quien te golpea, amigo —se dijo Dolan mentalmente—. Ahora sería una buena oportunidad para tomarme el desquite de lo de ayer pero ya habrá tiempo.”

Smoke asomó y después de mirar a todos los rincones, puso su atención en el vaso y la cucharilla que estaban sobre el mostrador.

No advirtió cómo detrás del biombo Dolan se movía rápidamente asiendo su revólver por el cañón.

Antes de que Smoke pudiera avanzar un solo paso hacia el bar, Dolan bajó la mano con precisión, rapidez y contundencia.

Smoke se desplomó sobre la alfombra como un fardo.

El detective se inclinó sobre el cuerpo del caído, comprobando que los efectos del golpe habían sido lo suficientemente contundentes como para hacerle dormir todo el tiempo que podía durar el “trabajo” que había ido a realizar.

Se encaminó hacia el despacho.

Estaba cerrado con llave. Sterling en sus cosas particulares no se fiaba siquiera de sus hombres.

Dolan probó de abrir con la misma llave. Después de varios intentos desistió y buscó en su bolsillo otro artefacto más parecido a una ganzúa. Lo dobló a voluntad hasta que el pequeño hierro adquirió la forma que él deseaba.

Poco después de introducirlo en la cerradura, la puerta cedió.

El camino estaba libre.

En aquel momento sin embargo el ascensor se detenía en la octava planta.

Alguien bajaba del ascensor.

En el despacho, Dolan había accionado el botón colocado bajo la mesa.

“El segundo a la izquierda.”

Tras pulsarlo, la armadura que parecía estar colocada de adorno, entre una puerta de emergencia y la ventana de la calle, perfectamente cubierta con gruesas cortinas, cedió hacia un lado, apartándose como si tuviera vida propia.

A un metro aproximadamente del suelo estaba la puerta de la pequeña caja empotrada a la pared.

Dolan se enfundó el guante de la mano zurda y comenzó a manipular.

En el corredor unos pasos se acercaban a la puerta ¡principal del apartamento de Sterling.

Dentro de la casa, el detective había conseguido abrir la caja sin la menor dificultad.

Los pasos del exterior estaban ya delante de la puerta, y una mano enguantada avanzaba hacia la empuñadura.

Dolan metía su mano dentro de la caja.

Se detuvo en observar el par de fajos de billetes que descansaban en el interior de aquella hucha de acero. Había también algunos documentos, pliegos de valores, un talonario de cheques...

Estaba también el sobre azul por el que tanto interés sentía la misteriosa dama.

El envoltorio estaba cerrado y lacrado. Dolan lo observó unos instantes y optó por guardarlo en el bolsillo, cuando en el corredor de fuera...

El misterioso visitante había abierto la puerta lentamente y se introducía dentro del apartamento.

CAPITULO VIII

Antes de salir del despacho, Dolan aguzó el oído.

Ningún sonido sospechoso llamó su atención. Salió, volviendo a dejar todo tal como estaba.

Si de veras había entrado alguien en la casa, o volvió a salir o permanecía escondido.

Dolan no había advertido nada anormal.

Comprobó que Smoke seguía durmiendo y sin más dilación salió de la casa volviendo a cerrar con sumo cuidado.

Más tarde, el detective, ya en la calle, tomó un taxi y se hizo conducir al Menphis Bar, situado cerca de la estación de Pensilvania.

—Dese prisa —ordenó al chófer después de comprobar la hora.

Antes que nada comprobaría lo que había en el interior del sobre.

Diez minutos más tarde, el conductor le dejaba en el lugar indicado.

Dolan pagó la carrera y entró en el establecimiento. El Menphis Bar era ante todo un *Drugstore* donde podían comprarse desde simples alfileres, hasta tractores, según rezaba el *slogan* publicitario que lo anunciaba en varios luminosos.

El Menphis Bar no cerraba en toda la noche, aunque para Dolan aquel detalle carecía de importancia.

Una vez dentro del local, fue directamente en busca de una barra de lacre y un mechero a gas, adquirió un par de periódicos y un tubo de goma de pegar. Con todo ello bajó a los lavabos.

Un minuto después encerrado en una *toilette* rompió los lacres del sobre comprobando que no tenían impresos ninguna marca especial.

Con paciencia y un fino cortaplumas procuró abrir el sobre deteriorándolo lo menos posible. No tenía la menor idea del secreto que podía encerrarse dentro de aquel azulado envoltorio.

Cuando lo hubo abierto, metió dentro la mano derecha y extrajo dos hojas de papel.

Arqueó los ojos con extrañeza primero, con estupor después, y al fin esbozó una sonrisa indefinida. No había para menos.

Las dos hojas de papel... ¡estaban en blanco!

Iba a meterlo todo dentro del sobre, pero desistió.

Las miró a contraluz.

“¿Tinta simpática, acaso?”, se preguntó a sí mismo.

Frunció el entrecejo razonando sobre el particular.

Si de una cosa no podía haber duda es que aquello no se trataba de una broma. Nadie paga dos mil dólares al contado por algo tan sin sentido.

¿Qué se había propuesto la dama al pedirle aquel sobre, que evidentemente estaba en el sitio donde ella indicó?

A menos que...

Sterling era listo. Podía saber, o tan sólo sospechar que la mujer estaba interesada en el sobre y posiblemente mandaría a alguien para que lo robase y Sterling, buen previsor hizo la jugarreta de dejar dentro de la caja uno falso.

Dolan guardó sobre y papeles en el bolsillo interior de su chaqueta, y después de ajustarse la ropa con gesto maquinal, salió de la *toilette*.

Antes que nada iría a su casa y se cercioraría si las notas en blanco estaban escritas con tinta simpática.

El detective tenía en su apartamento los reactivos necesarios para efectuar las comprobaciones pertinentes.

Subió la escalera que conducía a la planta principal del local, e instantes después salía a la calle dispuesto a contratar los servicios del primer taxi que pasara.

* * *

Apenas Dolan acababa de abrir la puerta de su pequeño y desordenado apartamento, comenzó a sonar el teléfono.

Dejó sobre la mesa lo que había comprado añadiendo el sobre y las hojas de papel en blanco.

—¡Diga! —inquirió descolgando.

Al otro lado del hilo respondió la voz del teniente Darwey.

—Hola, Ernie. ¿Podrías venir un momento?

—¿Ahora? —se extrañó Dolan ante lo inesperado de la petición.

—Sí, ahora. Es una cosa importante...

—Tengo una cita a las diez. Falta menos de una hora. Espero que para entonces ya esté listo, de lo contrario no podría venir.

—Si no fuera realmente importante no te lo pediría, Ernie —siguió el policía.

—Está bien, está bien. Voy ahora mismo. Dame veinte minutos.

Colgó. Miró el sobre y los papeles y los depositó dentro del mueble de cajones, contiguo a su mesa de trabajo.

Si aquellos papeles contenían tinta simpática o no, no iba a saberlo hasta su regreso.

“Pero ¿qué diablos podía querer Darwey a aquellas horas?”

* * *

El teniente le esperaba a la entrada del puesto de policía?

Apenas Dolan había bajado del taxi, Darwey le hizo una seña para que le siguiera.

—¿A qué viene todo esto? —inquirió el recién llegado.

—Ya lo verás tú mismo dentro de un rato.

Darwey tomó el portalón de la sección del puesto destinada a depósito de cadáveres.

—¿Algún pariente? —bromeó el detective deseoso de saber al fin el motivo de la llamada de su amigo.

Darwey se detuvo ante una de las mesas cubierta con un lienzo blanco.

Debajo del lienzo podía apreciarse el bulto correspondiente al cuerpo de un hombre.

Había un empleado tomando unas notas que le dictaba uno de los forenses.

Darwey hizo un gesto y el empleado acudió presuroso, mientras el médico se entretenía en cargar una pipa de una bolsa de tabaco de cuero.

A otra indicación de Darwey, el empleado levantó parte del lienzo y Dolan pudo ver al muerto.

Instintivamente se echó hacia atrás. Fue sólo un gesto breve, maquinal, como si mentalmente rechazara la idea de que el muerto era aquel que estaba viendo con sus propios ojos.

—¿Le reconoces? —inquirió Darwey.

Dolan tardó en contestar, cuando lo hizo, dijo la verdad.

—Juen Davenport, alias Smoke.

—Sí —repitió el policía.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —quiso saber el detective.

—Según el informe del forense. No más de cuarenta minutos...

—¿Quién os avisó? —preguntó Dolan.

—Una llamada anónima.

—¿En casa de Sterling?

—¡Ajá! —susurró Darwey.

—¿Y de qué murió?

—¿Me estás interrogando? Creo que debería ser al revés. El policía soy yo.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué me has traído aquí?

—¿No lo adivinas?

—Dejemos de jugar a los acertijos —exclamó Dolan mirando atentamente el cadáver del hombre al que golpeó poco más o menos una hora antes.

—Eso es lo que yo digo. Salgamos de aquí. Quiero hacerte algunas preguntas.

—Primero dime de qué murió.

—Ernie... No te das cuenta... Te estoy hablando en plan particular, pero este asunto costaría muy poco llevarlo al terreno oficial.

—Desembucha, Darwey.

—Está bien, amigo. Te vieron. Te vieron en casa de Sterling. Es decir, en el edificio.

—¿Quién dice esto?

—El portero del inmueble. Un tipo llamado Joe Springle.

—No le conozco.

—Pues él debe conocerte. Cuando fue la patrulla y le preguntó, no vaciló en decir que Sterling y dos de sus hombres habían salido diez minutos antes para el Pegasus. Esto se ha comprobado. Trabajamos de prisa. Así que Sterling y los otros dos quedan libres de sospechas. En la casa sólo quedó Smoke, y aparte de la llamada anónima informando de su muerte, sólo el portero afirma que la única persona que vio en la escalera en la hora en que aproximadamente se cometió el crimen fuiste tú... Para los agentes el nombre de Ernie Dolan es sólo eso... un nombre. Tienes suerte de que me haya tocado a mí el caso.

Hizo una pausa para añadir:

—Pero yo conozco tus relaciones con Sterling. Y esas caricias que te hicieron la otra noche también sospecho de donde procedían...

—Y has llegado a la conclusión de que yo he cometido el crimen. Creí que eras más inteligente, Darway.

—Yo no digo que tú lo hayas cometido, Ernie, pero puedes ayudarme. Y debes hacerlo... Loman Park se impacienta si no se le dan noticias inmediatas de los casos. ¿Comprendes?

—Lo siento. Vas por mal camino. Yo no sé nada —replicó tajante Dolan.

Habían salido del departamento de cadáveres y Dolan tomó la iniciativa de entrar en el bar inmediato.

Tomó asiento en uno de los taburetes de la barra y pidió un whisky consultando su reloj.

Faltaba poco para las diez y pensaba en la llamada de su mujer.

Tenía que estar a las diez en el Morocco según le había pedido Brenda.

—¿Tienes prisa? —inquirió Darway.

—Sí. Y todo esto me parece absurdo...

—¿Quieres saber de qué murió?

—Te lo he preguntado antes.

—Está bien. Le golpearon.

—¿Dónde? —preguntó apresuradamente el detective.

Darway sonrió suspicazmente.

—¿Por qué tanto interés?

—Me has hecho venir, ¿no? Tengo derecho a saber de qué se me acusa.

—No digas tonterías. Y conmigo tampoco van a valerte los subterfugios.

—Lo sé. Habla, ¿con qué le golpearon?

—Eso no importa. Un objeto duro. Le propinaron varios golpes...

“Varios golpes”, retuvo en su mente Dolan.

Por tanto si eran varios no había sido él, que además tuvo buen cuidado de golpearle en el sitio idóneo para mantenerle inconsciente, pero

no para toda la vida...

Por otra parte recordaba perfectamente que al dejar el despacho de Sterling, Smoke, aunque inconsciente, seguía vivo, por tanto él no era el asesino.

Y había más aún... La llamada. Si. La llamada telefónica probaba que alguien sabía más de aquel asunto que el propio Dolan. Tal vez el asesino... o algún cómplice.

Los pensamientos del detective fueron cortados por la pregunta del teniente Darwey.

—¿Estuviste en casa de Sterling, Dolan?

El detective arqueó las cejas.

—Bueno —sonrió—. Si eres tan sagaz, ¿por qué no lo adivinas, Darwey?

—¿No quieres colaborar?

—No es cosa mía —replicó Dolan.

—Está bien... Puede que este asunto traiga cola. Espero que nuestra próxima entrevista no tenga carácter oficial. Por de pronto, he de rogarte que no te atojas demasiado. Es posible que vuelva a necesitarte.

—¿Es que soy sospechoso del crimen?

—Esperemos a ver lo que diga Sterling. .

—¿Vais a fiaros de ese... *gangster*?

—Es un ciudadano que paga sus impuestos, como tú. No existe la menor prueba de que haga nada ilegal...

—Si él estaba en el Pegasus, como acabas de afirmar no pudo ver quien estaba en su despacho en el momento del crimen —sonrió Dolan, guiñando un ojo a ese amigo.

—¿Estuviste tú, Dolan? —repitió el policía seriamente.

Por toda respuesta el detective dejó unos centavos sobre la mesa y llamando al camarero advirtió:

—Cobre las consumiciones. Yo pago el convite.

Sin añadir palabra se alejó de la cafetería.

CAPITULO IX

El taxi le dejó en frente del Morocco. Dolan pagó la carrera y saltó rápidamente dirigiéndose a la entrada del popular hotel de la Tercera Avenida.

En aquella hora el vestíbulo estaba prácticamente desierto por lo que no tuvo dificultades en dirigirse directamente al mostrador de recepción y ser atendido apenas llegar.

—¿Qué desea, señor?

—Busco a una persona... No sé con qué nombre se ha inscrito. Se llama Brenda. El apellido de soltera es Burns.

—¿Se aloja aquí, señor? —Inquirió solícito el recepcionista.

—Eso me dijo cuando me llamó por teléfono esta mañana.

El empleado consultó el registro.

—Burns, Burns... No, no, señor. No hay ninguna señora con ese nombre alojada en nuestro hotel.

—Tal vez esté con el nombre de Dolan. Es su apellido de casada. —¿Quiere mirar, por favor?

El empleado volvió a consultar el registro y al cabo de un rato se manifestó con una negativa.

—Lo siento, señor. Tal vez se ha confundido de hotel.

—Oiga —replicó Dolan impaciente—. Voy a describirle a esta mujer. Es más bien alta. Un metro setenta y cinco, piernas bonitas y tiene un aire ingenuo, aunque no está relacionado con su forma de ser. Viste con cierta elegancia y tiene siempre una sonrisa a flor de labios. Digamos que es su arma de guerra.

—Bueno... En todo caso no es una descripción extraña, pero en este momento no recuerdo... —replicó pensativamente el conserje.

—Es igual, déjelo. Es posible que me vuelva a llamar... si tanto interés tenía en hablar conmigo. ¡Ah! Oficialmente todavía soy el marido de esa dama.

Y sin esperar réplica el detective se alejó, dejando al empleado sin respuesta.

Dolan estaba un poco intrigado. Si tanto interés tenía Brenda en hablar con él, ¿por qué no dijo claramente bajo qué nombre se había inscrito en el hotel?

Pensó en el sobre que tenía en su casa y que todavía le faltaba averiguar su contenido, si es que lo tenía...

Pensó también en el asesinato de Smoke...

¿Qué se escondía detrás de todo aquello?

Con otro taxi se dirigió a su apartamento, y una vez dentro comenzó a manipular con los líquidos reactivos para verificar si verdaderamente aquellas hojas en blanco contenían algún mensaje... o una lista de nombres como le había dicho la misteriosa dama...

Sumido en la penumbra de una lámpara de sobremesa de escasa luz, hizo las averiguaciones pertinentes.

Sometido el papel al líquido no reveló el menor escrito.

—Esto es papel virgen... Aquí no hay tinta de ninguna clase —murmuró de mal talante.

¿Qué significaba aquel juego?

¿Por qué le había mandado aquella mujer a la casa de Sterling en busca de unos documentos que en realidad eran sólo papel en blanco?

¿Acaso... era cierta la suposición en la que pensó antes? ¿Acaso, Sterling, en prevención, había sustituido el auténtico sobre?

Dejó todo sobre la mesa y se puso a pensar.

No pudo llegar a ninguna conclusión porque el teléfono le interrumpió sus pensamientos.

—Diga —dijo aplicándose el auricular en la oreja.

No obtuvo respuesta.

—¿Quién es? ¿Diga? —insistió.

Al otro lado del hilo le llegó una voz apagada, asustada...

—Soy yo...

—¿Quién es yo?

—Soy... Soy la mujer que le contrató. Soy...

Se interrumpió.

El detective aguzó el oído tratando de averiguar si en la habitación o lugar desde donde telefoneaba la bella había otras personas.

Sólo pudo percibir un leve jadeo y luego el silencio.

—¡Hable! ¿Qué ocurre? Dígame desde dónde llama...

—Ahora no puedo... No puedo...

—¡Oiga! Oiga... ¿Dónde está?

De nuevo el silencio seguido de una respiración agitada.

—¡Oiga, oiga! —insistió el detective frenético.

A través del hilo le llegó un grito. Más que un grito fue un alarido de terror, o de angustia... Tal vez de dolor..., de dolor físico.

—¿Qué sucede? ¡Hable, hable! —insistió Dolan.

—¡Aaah! —sonó del otro lado del hilo.

A continuación se produjo un ruido propio de una lucha desesperada. Y Dolan creyó percibir el sonido de algunos muebles u objetos al ser derribados.

Siguió atento a la escucha, hasta que al otro lado colgaron.

El “click” inconfundible del auricular al ser devuelto a su posición normal le privó de toda ulterior comprobación.

Colgó a su vez y pidió comunicación con la central.

—Oiga, oiga... Es urgente. Aquí Dolan. Abonado Ernie Dolan, número...

La telefonista tomó nota con monótona rutina y a continuación pidió:

—¿Qué desea, señor?

—Averiguar de dónde procede la llamada que acabo de recibir. Es muy importante.

—Lo siento, señor. No es posible saberlo. Espere a que vuelvan a llamarle.

—¡Nunca más volverán a llamarme! —espetó Dolan colgando.

Tenía la sensación de que estaba ocurriendo algo, pero... ¿Dónde?

La voz, aunque difuminada por la distancia y por el hablar quedo, era, sin duda de ninguna clase, la de la misteriosa dama a la que él también sentía deseos de ver para averiguar lo del sobre. Pero...

¿Dónde vivía?

Había estado en su casa, pero sin poder concretar dónde.

Lo único que sabía de aquella lujosa mansión era que poseía un dormitorio de “cine”, con tapizado blanco, muebles lujosos y una cama más que confortable. Pero ¿dónde estaba enclavada?

¿Estaba en el mismo Nueva York? ¿En algún barrio satélite?

Quedó unos instantes pensativo.

Lanzarse a la búsqueda de una “habitación” era igual que buscar a un inocente en un penal.

Tras unos minutos de cavilar la situación, tuvo una idea y se decidió a ponerla en práctica.

* * *

Eran las diez y treinta minutos cuando entró en el bar de Rogers que estaba desierto y su propietario se disponía a recoger las cosas para cerrar.

—Me alegro de verte, Dolan —dijo el taciturno propietario.

—Yo también...

—Siento que anoche no pudiera ayudarte. Esos energúmenos me lo impidieron...

—Olvida eso. Ya sabes que tengo siete vidas como los gatos.

—Deberías tener más cuidado, Dolan. Algún día vas a encontrarte con que la buena suerte deje de ser tu aliada y...

—Por favor, Rogers, no me sermonees... Necesito saber algo.

—Si puedo contestarte... —replicó el dueño del bar.

—Anoche... Después que me tumbaron... ¿Sabes dónde me llevaron?

—No. Claro que no.

—¿Te acuerdas de la dama que habló conmigo?

—Había una cliente, sí... No la había visto nunca.

—¿Seguro?

—Seguro, Dolan.

—Ella me recogió cuando me soltaron. Tengo una idea demasiado vaga del lugar donde me abandonaron.

—No puedo ayudarte, Dolan. Y lo siento. Salí para cerrar la puerta y sólo vi que echaban calle adelante.

—Esa calle tiene una sola dirección. Norte. Tal vez pudieron virar hacia otro punto cardinal.

Rogers permaneció silencioso.

—¿Estás seguro que a esa mujer no la viste antes de ayer?

—No, Dolan. No la vi. Anoche fue la primera vez —aseguró Rogers.

Ante el silencio del detective, el del bar inquirió.

—¿Qué ocurre, Dolan? ¿Algún nuevo conflicto?

—Temo que sí. Pero no veo la solución... Ponme un whisky.

Rogers asintió. Tomó una botella y un vaso y sirvió una generosa ración a su habitual cliente.

El detective jugueteó con el vaso pensativamente.

—Necesito saber dónde vive esa mujer.

—¿No te lo dijo?

—No.

—¿Qué quería de ti?

—Eso es cuenta mía, Rogers... Pero fui un estúpido...

Me dejé sorprender y...

—Eran demasiados contra ti. Te portaste bien. Hubo un momento que los tuviste acorralados. Yo habría apostado por ti.

—Gracias, Rogers... Pero habrías perdido.

—Te atacaron por la espalda. No fue culpa tuya... Pero yo de ti no buscaría el desquite. Te conozco... No te mezcles con esa gente, Dolan, de veras.

Tras una pausa, el detective, sin tomarse el whisky saltó del taburete.

—¡Tú acabas de decírmelo, Rogers!

—¿El qué? —preguntó el *barman* arqueando las cejas con sorpresa y desconcierto.

—¡El desquite!

Y salió del bar sin dar tiempo a que su dueño pudiera replicar.

Ya en la calle, el detective corrió como un loco hacia la esquina y al ver la proximidad de un taxi levantó la mano gritando para que se detuviera.

Una vez dentro del vehículo dio unas señas y pidió ser llevado con la máxima urgencia.

Diez minutos más tarde...

Diez minutos después, Ernie Dolan se detenía frente al club Pegasus en Greewinch Village.

Saltó del taxi y se introdujo por debajo de la marquesina de lona que protegía la puerta de reducidas dimensiones que daba acceso al club nocturno.

El portero le miró un tanto sorprendido al ver la prisa que el “cliente” parecía llevar.

Ernie, conocedor del lugar, al hallarse dentro cruzó el exiguo bar y prescindiendo del salón iluminado con luz indirecta, y cuyos focos en aquellos instantes proyectaban su luz hacia la cantante que interpretaba una melodía “pop” se encaminó hacia la parte opuesta.

Allí tras una puerta estaban las dependencias particulares de la “casa”, junto a otra puerta destinada a los servicios de los clientes.

En la puerta, en actitud ausente, permanecía uno de los guardaespaldas del jefe.

Dolan le conocía. El guardaespaldas también.

—¿Busca a alguien, señor Dolan? —preguntó el empleado con actitud de fingido respeto.

—He venido a echar un vistazo, Smalley. ¿Te molesta?

—Mientras no cruce esa puerta... Ya sabe que el jefe no recibe visitas si no ha sido anunciado previamente.

—Sí, ya conozco las costumbres, Smalley. No te preocupes.

Midió al empleado con la mirada. Tenía aproximadamente la corpulencia de Brazos, aunque le constaba que no era tan fuerte como él... si sabía encontrársele el punto flaco.

Dolan sacó una cajetilla de cigarrillos, se metió uno en la boca e invitó al guardaespaldas.

—¿Puedes fumar estando de servicio?

—¡Oh, sí!

Cogió uno de los pitillos que le ofrecía el detective, y éste aprovechó la ocasión para, primero echar al suelo el paquete con lo que provocó la natural confusión en el guardián que instintivamente se agachó. Segundo: Dolan, preparado de antemano, soltó con toda su potencia el puño izquierdo contra el abdomen del hombre que acusó el golpe ahogando una exclamación, para a continuación pegarle con la derecha en el mismo lugar.

El guardaespaldas estuvo al borde de un vómito hepático mientras se doblaba hacia delante.

La orquesta subió el tono de su música y la cantante aumentó también el volumen de su voz.

El ruido ahogó el tercero de los golpes de Dolan que dio de lleno en la mandíbula de su antagonista que habría caído contra la puerta si el propio Dolan no le hubiese sujetado.

Seguro de que nadie le había observado, dejó al guardián en el suelo y arreglándose el traje y tirando del nudo de su corbata, empujó la puerta de las dependencias particulares.

Tras la puerta se encontró en el pequeño saloncito que ya conocía.

Delante suyo estaban otras dos puertas. Eligió la del despacho de

Sterling. De un empujón abrió de golpe la mampara de madera y se encontró con cuatro pares de ojos que se dirigían a él.

Dos de aquellos ojos pertenecían a Sterling, y los otros tres a sus subordinados Brazos, Jud y Sin Nombre.

Instintivamente los tres últimos quisieron echar mano a sus armas, pero Dolan les previno con un movimiento de anticipación, sacándose su revólver antes de que los otros pudieran completar el movimiento autodefensivo.

—Un momento, amigos. Ya veo que estáis todos entretenidos. Es una magnífica ocasión para charlar.

—¿Qué es lo que has venido a buscar aquí, Dolan? Tú y yo ya estamos en paz —profirió Sterling.

—Tú y yo tal vez, amigo —replicó Dolan con una indolente sonrisa en los labios—, pero tus amigos son mis acreedores... Supongo que estás enterado de lo de anoche.

—Acabemos, Dolan. Sabes que te estás jugando demasiado... Esta noche te vieron cerca de mi casa. ¿No te has enterado de lo ocurrido?

—¡¡Oh!! Sí... Ha sido una pena, pero no es eso lo que me importa en estos momentos. Será mejor que me dejes a solas con tus sabuesos, Sterling... Puede que más tarde venga para charlar contigo.

—No juegues con esto que llevas en las manos —replicó Sterling—. Si haces ruido asustarás a mis clientes y tendré que presentar una denuncia.

—Sería una mala reputación para tu local, Sterling... Y lo que de veras lamento es no disponer de demasiado tiempo.

—¡Acaba! ¿Qué deseas?

—Si quieres ser testigo... Allá tú... No va a ser muy agradable...

Brazos con los suyos en jarras plantó cara a Dotan.

—¿No tuviste bastante, fanfarrón?

—Lo que vengo es a devolveros el cambio... Pero empezaré por Jud... El llevaba la voz cantante anoche. ¿Verdad, Jud?

Y avanzó hacia el lugarteniente de Sterling, revólver en mano.

—¡Vamos, Jud...! He venido en son de paz. Únicamente me contentaré con que me digas dónde me tirasteis anoche.

—No sé de qué me hablas.

—Pero para ti, Jud. Ya te he dicho que no dispongo de mucho tiempo.

Y con un enérgico ademán levantó el revólver descargando todo el peso del cañón contra el rostro del segundo de a bordo.

Jud cayó como fulminado sin proferir el menor grito.

Brazos dio un paso adelante, pero el revólver de Dolan le contuvo.

—¡Quieto! Ya llegará tu turno —sonrió el detective.

Brazos bajó los brazos porque el rostro de Dolan no era propicio a las bromas.

Dolan se dirigió entonces a Sin Nombre.

—Bueno... ¿Quieres un somnífero como Jud? Si es así no contestes a mi pregunta...

—¿Qué... es lo que quiere saber? —inquirió el aludido.

—Ya conoces la pregunta... ¿Dónde me llevasteis anoche?

—En un descampado en el East River, siguiendo la antigua carretera, de Ildewild —balbució temeroso Sin Nombre ante la amenaza del revólver de Dolan.

—¿Un descampado? ¿Dónde exactamente?

—A unos dos kilómetros a la salida del puente...

—¿Qué hora era?

—No sé...

—Haz memoria, si no quieres que, te la refresque...

—Tal vez las once...

—No se tarda tanto desde el bar de Rogers.

—Las diez y media...

—Bueno. Las diez y media... Sí. Creo que miré el reloj.

—Muy bien, amigo. Es toda una información. Gracias.

Le dio la espalda para volverse hacía Sterling.

Sin Nombre creyó tener una buena oportunidad para ganar galones delante de su jefe y quiso sacar su revólver.

Dolan se revolvió con felina agilidad y utilizando de nuevo el cañón de su arma golpeó con saña el estómago de Sin Nombre que se inclinó hacia delante.

Con la misma arma le sacudió un gancho en la mandíbula y su antagonista, tras levantarse varios milímetros del suelo, cayó fulminado.

Enfundándose el revólver, Dolan murmuró:

—¿Lo ves, Sterling? Ya sé lo que quería saber... Pero no desesperes. Quizá más tarde vuelva a por ti. De momento me basta con esta información.

Deliberadamente se había puesto de perfil en relación a la posición de Brazos, y el gigante también hizo por ganar méritos.

Parecía que Dolan le estuviera esperando, porque agachándose ligeramente tomó impulso y con ambas manos golpeó el pecho del mastodonte que al impacto de la fuerza desplegada por el detective se echó hacia atrás.

Dolan siempre con las manos unidas buscó su rostro de revés primero y de derecho después.

Brazos aguantó bien las dos acometidas, pero no pudo reaccionar, porque la tercera fue definitiva.

Dolan alcanzó su mentón, y su rival cayó hacia atrás golpeándose la cabeza contra la pared.

Se deslizó hacia el suelo como un pelele y allí permaneció inconsciente.

—Esto te costará caro, Dolan —masculló Sterling.

—Pues ve preparando el cambio, porque yo nunca dejo cuentas pendientes —replicó tajante Ernie Dolan.

CAPITULO X

Cuando el aire fresco de la noche estimuló sus sentidos, Ernie Dolan pensó en el contenido de la información que había recibido.

A falta de mejores datos, todo se reducía, en principio, a una simple cuestión de tiempo...

Si le habían arrojado a las diez y media en el descampado cerca a la carretera y él despertó a las dos, y la desconocida mujer le dijo que había permanecido tres horas y media inconsciente, todo concordaba perfectamente.

Dolan se hizo conducir en un taxi al lugar donde la noche anterior le habían arrojado.

Después de buscar en dos o tres sitios dio en el lugar exacto.

Hasta creyó recordar algo de cuando, entre las brumas del recuerdo y aún bajo los efectos de la paliza volvió en sí en presencia de la dama.

Sí... Vagamente podía afirmar que aquél era el sitio.

Escombros, porquería y un olor pestilente ambientaban el estercolero.

Trató de forzar su memoria.

¿Dónde había sido llevado desde allí?

También de una forma inconcreta recordaba el coche...

Un "Buick"... Sí. Un "Buick" modelo 68... Pero eso no era suficiente. Faltaba saber la ruta que tomó el vehículo.

"Una casa moderna y lujosa", pensó.

Por aquella zona los chalets correspondientes a las nuevas zonas residenciales eran, en efecto confortables, pero ninguno de ellos poseía un dormitorio de las dimensiones del que había despertado la noche anterior. Tenía que ser una casa de más categoría...

¿En el corazón de Manhattan?

Miró a lo lejos. Las luces de los rascacielos brillaban con todo su esplendor a pesar de la hora.

Era la costumbre en Nueva York. Las exiguas tarifas eléctricas permitían que los propietarios de las oficinas dejaran las luces encendidas durante toda la noche, dando a la ciudad aquel aspecto casi fantástico.

Alguno de aquellos edificios del centro albergaba lujosas residencias. Tal vez en alguna de ellas...

Seguía con el mismo problema. Era buscar la aguja en el consabido pajar. Un pajar con más de ocho millones de habitantes, o doce, si contaba con las nuevas zonas urbanizadas allende los ríos.

Se acercó al taxi, cuyo conductor aguardaba en el asiento.

—¿Va a estar mucho rato?

—No. Lléveme a dar una vuelta por Manhattan.

—¿A estas horas? —murmuró el chófer.

—Sí. A estas horas.

El conductor murmuró palabras ininteligibles y aprovechando que no pasaba ningún otro vehículo, dio la vuelta al suyo y enfiló —de nuevo hacia el centro.

Poco más tarde y a través de la ventanilla del coche. Dolan observaba los edificios de las zonas residenciales.

Ordenó al chófer que diera varias vueltas.

Siempre mirando hacia el exterior pensó que era totalmente imposible descubrir el lugar donde pudo haber estado la noche anterior. Sin embargo, tenía la certeza de que no podía hallarse demasiado lejos...

—Déjeme en el Central Park —dijo al chófer, dándose por vencido.

Cuando el conductor, extrañado, tomándole tal vea por un maniático le dejó cerca de una de las entradas del parque, Dolan pagó— y entró en el solitario recinto, sentándose a pensar.

Las ventanas iluminadas seguían rodeándole, cerca y lejos. En un plano más bajo y sin luces aparecían las viejas casas que antaño marcaran la grandeza de los primeros millonarios, todavía en pie como vestigios de una época. ¿Acaso era una de aquellas casas?

Había perdido bastante tiempo yendo de un lado para otro, sin saber exactamente por qué.

El encargo de una mujer, el asesinato de un hombre ocurrido con escasos minutos de diferencia desde su estancia en el lugar del crimen, la llamada de la misma mujer solicitándole ayuda, y... ¿Por qué no? La otra llamada, la de su esposa, rogándole una entrevista para luego resultar que no se hallaba en el hotel.

¿Tendría todo alguna relación?

Pensó que a fin de cuentas nada de aquello le importaba, pero...

¡Le habían pagado dos mil dólares!

Y además él —Ernie Dolan— era detective, curioso por vocación y nunca dejaba un trabajo sin terminar.

Consultó su reloj.

Pensó que eran ya más de veinticuatro horas las que llevaba metido en aquel extraño laberinto.

Sus ojos se posaron en una cabina telefónica cercana a una de las puertas y decidió llamar por teléfono.

—¿El teniente Darwey? Quiero saber si está de servicio. Si se ha ido a su casa, no le molesten. Es una llamada particular.

El sargento de guardia de la central de la brigada de investigación criminal tras unos instantes de mutismo replicó:

—No se retire, por favor.

Instantes después la voz de Darwey le contestaba desde el otro lado del hilo.

—He intentado localizarte, Ernie. ¿Dónde diablos estás?

—En Central Park, y yo también tengo algo que preguntarte.

—Dime dónde estás exactamente y vendré con un coche. Tenemos que hablar —replicó el policía.

—Está bien. Te esperaré... —replicó Dolan y a continuación le facilitó la situación del lugar donde se encontraba.

Para sus adentros pensó: “¿Qué diablos querrá de mí?”

No tardó en saberlo.

CAPITULO XI

Darwey apareció en un coche particular y solo. Invitó a Dolan a subir y condujo en silencio por las desiertas calles.

—¿Dónde diablos me llevas?

—Al depósito de cadáveres —replicó el policía.

—Tu itinerario no ofrece mucha variedad. ¿Hay que identificar a alguien o el programa es de reprise?

—Yo que tú no bromearía, Ernie.

—Ya he visto a Smoke hace unas cuantas horas... ¿A quién se han cargado ahora?

Darwey no contestó, pero al cabo de un minuto preguntó a su vez:

—¿Para qué llamaste?

—Quería saber si habías recibido la noticia de algún asesinato... Pero temo que la respuesta está en la Morgue.

—¿Sabías que...?

—Darwey..., es una larga historia. Sería muy difícil de resumir.

—Pues temo que tendrás que hacerlo, amigo. Loman Park está furioso. Todavía sigue en su despacho y no es de los que guste de trasnochar.

—Es policía, para eso cobra de los contribuyentes.

—Eso ya se lo dirás a él.

—No pienso verle.

—Temp que tendrás que hacerlo.

—¿Es que voy a ser sospechoso de todos los crímenes que se cometan en Nueva York?

Darwey no replicó. Su aspecto circunspecto y frío hubieran impresionado a cualquiera. Dolan sólo sintió curiosidad por ver de una vez qué había en el depósito de cadáveres...

El rostro del detective expresó su sorpresa por segunda vez en pocas horas.

Aquella vez, sin embargo, su estupor estaba mezclado de una lógica curiosidad.

El cadáver de la mujer, hallada desnuda en uno de los muelles del Hudson presentaba señales de haber sido maltratada. El asesino o asesinos la habían golpeado a conciencia y su cuerpo, a pesar de haber sido lavado no podía disimular las señales de los golpes.

—¡Brenda! —musitó Dolan consternado—. Es Brenda...

—Tu mujer... —replicó el policía.

—Sí... Ella. Pero... no lo entiendo... Me llamó esta mañana a poco de que tú te fueras. Esta noche debía verla en el hotel Morocco y el encargado

me aseguré que no estaba. Tenía otras cosas que hacer y ya no volví a preocuparme, pero... No llego a comprender.

—Ni yo, Ernie, pero Loman Park desea una explicación.

—A mí también me gustaría que alguien me la diera.

—Era tu mujer, Ernie. Loman tiene tu historial entre las manos y en cuanto ha sabido de quien se trataba me ha pedido que te buscara... Quería mandar los coches a tu casa... Le prometí que me cuidaría de ti personalmente.

—¿Es que cree que he sido yo quien ha hecho esto? De mala gana y con el rostro endurecido, el detective se alejó de la mesa, mientras Darwey cubría nuevamente el cuerpo de la infortunada esposa del detective.

—Ahora no se trata de lo que se crea, Ernie. Era tu mujer, y no os llevabais bien...

—No nos llevábamos de ningún modo —atajó el detective.

—Es mejor que vengas conmigo. Sólo tendrás que contestar unas cuantas preguntas y... decir dónde estuviste esta noche desde que nos separamos hasta ahora. Han pasado tres horas.

—¿Decir dónde estuve? —sonrió amargamente Dolan—. No me van a creer...

* * *

—Estuve buscando una casa —sonrió con el mismo tono sarcástico, Dolan.

Era su forma habitual de esconder la amargura que dominaba todo su ser.

—¿Una casa? ¿Qué casa? No me hable en jeroglífico, señor Dolan —espetó el inspector jefe Loman Park.

—No le hablo en jeroglífico. Me pagaron para hacer un trabajo y... ¡Oh! Es inútil. Demasiado complicado...

Loman Park arqueó las cejas.

—¿Un trabajo? Le recuerdo que como detective no puede ejercer hasta tanto no le sea devuelta la licencia... ¿A qué trabajo se refiere?

—Apuesto a que no tardará en recibir una llamada telefónica, inspector. Falta todavía un cadáver esta noche. Y lo malo es no poder evitarlo.

El inspector arqueó las cejas arrugando la frente.

—¿De qué diablos habla?

—Ojalá lo supiera. Pero tengo la certeza de que antes de que decida ir a acostarse recibirá el obsequio de un nuevo muerto, y conste que me gustaría equivocarme. Son ya demasiados fiambres...

Loman Park varió de conversación sin salirse del tema.

—Parece que no le ha afectado mucho la muerte de su esposa.

—Y ha acertado. No lo siento —replicó Dolan.

—Y ello... le deja en completa libertad. ¿No es así?

—Si hubiese deseado esa libertad, me habría divorciado, inspector.

—Un divorcio cuesta dinero...

—Cuando uno tiene razón no, y yo la tenía.

—¿Y no intentó separarse de su esposa? —siguió tenazmente el policía.

—No.

—¿O tal vez lo intentó y ella amenazó con algo?

—¿Con qué podía amenazarme? ¿Le gustaría llegar a su casa y encontrar a su esposa en brazos de otro, inspector...? ¿Cómo reaccionaría usted?

—Se está poniendo impertinente, Dolan.

—Entonces deje de hacer preguntas estúpidas. Yo no maté a Brenda si es eso lo que quiere saber, y si quiere saber dónde estuve desde que dejé al teniente Darwey, pregunte al Morocco, primero fui allí a buscar a Brenda porque me había llamado. Me dijeron que no estaba y entonces fui a... — Se interrumpió pensando en su visita al Pegasus y al correspondiente reparto de leña—. Bueno... Estuve por ahí. ¡Qué más da!

El inspector jefe no pudo replicar porque en aquel instante le fue pasada una llamada telefónica.

Loman Park cambió por completo su rostro. La cara pareció que se le estiraba y sus ojos se agrandaron varios milímetros, mientras su mirada se dirigía con insistencia a Dolan.

Cuando colgó y empezó a hablar, al detective no le extrañaron lo más mínimo sus palabras.

—Ha sido encontrada otra mujer asesinada en Central Park. Un número de la Metropolitana ha encontrado su cadáver.

—Lástima que no hayamos apostado, ¿eh, inspector?

—Usted lo dijo, Dolan. Mencionó antes otro crimen...

Será mejor que hable claro... ¿Qué significa todo esto?

—Si yo lo supiera, inspector, le aseguro que en estos momentos no estaría aquí perdiendo el tiempo tan lamentablemente.

—¿Quién es esa mujer? —insistió el inspector jefe Loman Park con el gesto duro y agresivo.

—Espero saberlo cuando la identifiquen.

—Va a ser difícil. Estaba desnuda cuando la encontraron y no llevaba ningún bolso.

—¡Vaya! Todo hace suponer que un maníaco anda suelto... —sonrió Dolan con sarcasmo.

CAPITULO XII

Los periódicos matutinos llevaban la fotografía de te mujer asesinada.

Era la misma que había hecho el encargo a Dotas, la misma que la noche anterior le llamó poco antes de ser atacada.

La misma de la que se desconocía el nombre.

Dolan la había visto en el depósito primero y luego, cuando después de negar repetidamente al inspector jefe cuantas preguntas le hizo sobre el nombre de te mujer, regresó a su domicilio para descansar volvió a verla en los periódicos de la mañana.

Loman Park le había dejado regresar, conminándole a que no abandonara la ciudad bajo ningún pretexto y sin decir previamente a la brigada adonde se dirigía.

El detective leía la noticia mientras se hallaba sentado en la cafetería de Rogers.

Fue entonces cuando entró la muchacha.

Dolan perdió todo interés por la noticia del periódico y sonrió al reconocer a Vilma Darrow.

—¡Vaya! Estos son los mejores buenos días que me han dado.

—¡Ernie! Es una sorpresa... Ni que te hubiese buscado ex profeso.

—Pues cuando no sepas qué hacer ven aquí. Soy el cliente más asiduo de Rogers. ¡Eh! —añadió llamando al dueño del bar—. Sirve a la señorita lo que desee.

—Rogers se acercó silencioso. Ella pidió un café con leche y se volvió hacia el detective.

—¿Viste a tu mujer? —inquirió.

—Pues, sí... De verla la vi... —replicó él.

—Bueno, si no quieres hablarme de ello.

—Hay poco que decir, Vilma. No pudimos hablar.

—¿Eh?

—Sí... Cuando alguien va a visitar a su esposa en el depósito de cadáveres rara vez puede entablar un diálogo. Bueno, en palabras sencillas. Alguien se cargó a Brenda.

La enfermera arqueó las cejas.

—¿Bromeas?

—No, Vilma. Fue uno de los tres asesinatos que se sometieron anoche en nuestra ciudad.

—¡Ernie! —Tras una pausa ella, reaccionando, añadió—: ¿Y se sabe quién...?

—No. No se sabe, pero al parecer yo soy el sospechoso número uno.

Creo que por primera vez en mi vida tendré que encargarme gratis de un asunto. Si Loman Park se empeña en ganar un nuevo galón a mi costa sólo tendré un medio de demostrar mi inocencia y será buscando al culpable. Y es lo que voy a empezar a hacer.

—¿Tienes alguna pista?

—Quizá me la proporcione Kurt Shalton...

—¿El antiguo novio de Brenda? —inquirió ella.

—Sí. El tipo de quien no supo prescindir.

—¿Y sabes dónde encontrarle?

—No. Pero estoy seguro que alguien va a indicármelo...

—Ten cuidado, Ernie.

—Descuida, querida. Me están buscando las cosquillas y han conseguido encontrármelas. Primero Polane, luego Sterling; la misteriosa dama... Es como una confabulación y debo librarme de ella.

—Me gustaría poderte ayudar...

—Tal vez puedas. Pero la parte de acción me la reservo para mi. Siento dejarte. En este asunto me da la sensación de que tengo que trabajar de prisa.

—¿Dónde vas?

—Voy a decírtelo... En primer lugar sólo se me ocurre un nombre. Una persona. Sterling.

—¿Sterling?

—Ya te hablé de él...

—Sí.

—Cuando conocí a Brenda en Las Vegas, yo estaba allí para cumplir un encargo de Sterling. Fue el primero, y de hecho el único trabajo que hice para él. Entonces todavía creía en la honradez de la gente y lo que me encargó me pareció totalmente normal. La investigación de unos datos referentes a unas personas. Fue un trabajo más bien rutinario y sin riesgo, y durante aquellos días conocí a Brenda... Como un caballero andante la libré de Kurt Shalton. Dos días después Sterling vino a Las Vegas para recibir la información que me había pedido. Entonces supe que él y Shalton eran conocidos. Después..., cuando tras mi boda con Brenda, descubrí que ella no había dejado a Shalton ya no volví a preocuparme. Tampoco Sterling me encargó ningún nuevo trabajo, hasta hace poco en que me pidió vigilara a su novia...

—Creo que ya me contaste eso.

—Su novia no era más que una chica que vivía poco menos que secuestrada, y yo ya había averiguado algunas de las andanzas de Sterling durante el tiempo que estuve en su casa y decidí ayudar a la chica. En fin... Seguramente que a Sterling no va a gustarle mi visita, pero es la única pista. Por él espero encontrar Shalton y por Shalton confío descubrir el resto, al menos en lo que concierne a Brenda.

Ernie Dolan se levantó del taburete, dejó sobre el mostrador el importe de las consumiciones y añadió:

—Si quieres que te acompañe a alguna parte.

—No, gracias. Voy a hacer algunas compras.

—Espero verte pronto, Vilma.

—Yo también, Ernie —replicó ella.

El detective se alejó, dejando a la joven concluyendo su café con leche.

Un taxi llevó a Dolan hasta el edificio de apartamentos donde residía Sterling.

El detective observó que en frente estaba detenido un coche de la policía y esperó en el taxi.

Media hora más tarde vio a Darwey y a otros dos agentes salir del edificio y entonces decidió entrar él.

Cuando pasó por delante del portero, éste le miró con recelo. Su rostro expresaba un cierto temor.

Dolan le devolvió una mirada que parecía indicar: “Tal vez tú y yo tengamos una larga conversación en otro momento”.

Se metió en el ascensor y subió hasta la planta octava.

Mementos después llamaba al timbre de la entrada principal del apartamento.

Abrió Brazos y durante dos segundos no supo qué actitud tomar.

El detective sonriente dijo:

—Vengo en son de paz, amigo. Pórtate bien y no ocurrirá nada. Avisa al jefe que quiero verlo. Ya ves que te lo pido correctamente...

Ante la insistencia de Dolan, Sterling accedió quedarse a solas con él.

—La policía no me deja en paz —refunfuñó el dueño del apartamento—. Y lo que me extraña es que no te hayan echado el guante. Springle te vio anoche en la casa...

—Ya he visto al portero, Sterling. Y particularmente no me fío de él. Claro que si es amigo tuyo...

—¿Qué diablos has venido a hacer a mi casa, Dolan?

—Eres un canalla, Sterling. No pactaría contigo ni por un millón de dólares, pero tengo la policía detrás de mí y he de averiguar varias cosas, antes de que se decidan a dictar una orden de detención.

—¿Y quieres que yo te ayude?

—Puede que te convenga hacerlo, Sterling.

—¿A mí?

—Sí, amigo... Yo tengo algo que decir a la policía, y no te aseguro que no lo haga más adelante, así es que no voy a hacerte ningún favor, pero puesto que necesito algo estoy dispuesto a pagar...

—¿Dinero?

—No... Atiende, Sterling. Cierta dama me encargó un trabajo. Venir a tu casa y robarte un sobre de color azul conteniendo unos documentos.

Puedo asegurarte que cuando anoche salí de este despacho Smoke estaba vivo, aunque durmiendo a consecuencia de... una tableta contra el insomnio.

—Entonces estuviste aquí anoche... ¡Y tienes la desfachatez de decírmelo en mí propia cara!

—Calma, Sterling. No hay testigos. Estuve y cogí el sobre. Primero tuve que abrir tu caja y la dama en cuestión sabía al dedillo el número de la combinación. Esa dama ha sido encontrada asesinada en Central Park... Quizá al inspector jefe Loman Park le interesa conocer esa relación entre la muerta y tú.

—No sé de qué me hablas. Es ridículo. ¡Un sobre! ¿Y qué contenía ese sobre?

—Eso debes saberlo tú mejor que yo...

—Es una fantasía.

—Si admites y das por cierto que estuve en tu casa...

—Estuviste para ajustar cuentas con Smoke. Te paliaste de la raya y le liquidaste... Eso es lo que creo.

—¿Quieres que vuelva a abrir la caja en tu presencia, Sterling? —sonrió Dolan.

Sterling se puso en pie y se volvió hacia el amplio ventanal que ahora tenía la cortina descorrida y se quedó unos instantes mirando a la calle, para volverse lentamente y sonreír a su vez murmurando:

—De acuerdo, Dolan. Abre la caja.

—¿No lo crees, eh? —replicó el detective.

—Lo creeré cuando lo vea.

Dolan se puso en pie y dio la vuelta a la mesa del escritorio de Sterling. Se agachó y buscó el segundo botón que pulsó.

La armadura, igual que la noche anterior se corrió hacia un lado, dejando al descubierto la pequeña caja empotrada.

—¿Te vas convenciendo?

—Eso no es muy difícil —replicó Sterling—. Fui lo suficientemente confiado como para darte confianza. Entraste en más de una ocasión en este despacho y puede que me vieras hacer la misma operación.

—Pero nunca pasé al otro lado y por lo tanto no pude ver qué combinación utilizabas para abrir.

—Adelante, superhombre. Quiero ver cómo abres...

—Lo verás, Sterling. Lo verás.

Dolan avanzó y una vez delante de la caja, se agachó para empezar a girar el botón.

Izquierda 29.

Escuchó un instante y levantó los ojos al comprobar que el resorte no producía el sonido característico de haber encajado.

Probó con el 31 a la derecha.

Tampoco obtuvo el resultado apetecido.

El 01, también a la derecha, dejó la puerta intacta.

—¿Qué diablos...? —empezó.

Sterling sonreía cuando la mirada de Dolan se volvió hacia él, pero no fue su sonrisa lo que intranquilizó al detective, sino el revólver que había sacado de su funda sobaquera y con el que le estaba encañonando...

—Se acabaron las bromas, Dolan...

—Has cambiado la combinación. Fuiste tú quien...

—¡He dicho que se han acabado las bromas! —repitió Sterling en tono conminativo—. Procura no hacer tonterías... No es misión mía entregarte a la policía. No es mi estilo, pero te dejaré con los muchachos. Quizá les sirvas de entretenimiento.

—Es una trampa... Todo es una trampa.

Dolan apretó los dientes. La distancia que le separaba de Sterling era escasa, y a pesar de que el dueño de la casa empuñaba un revólver, el detective no dudó en atacarle de forma sorpresiva.

Dio un paso hacia delante golpeándole el brazo armado con la derecha mientras catapultaba la zurda en busca del mentón del *gangster*.

Sterling sorprendido cayó hacia atrás soltando el revólver.

El detective se lanzó sobre él para impedirle que se levantara.

Durante unos instantes ambos rodaron por el suelo, incorporándose casi a la vez.

Dolan le soltó para conectar otro directo que hizo saltar por encima de la mesa a su rival.

Chocó contra un mueble que al caer derribó e hizo añicos el florero que contenía.

De nuevo el detective se lanzó como un jugador de rugby y Sterling volvió a besar el suelo.

Una silla salió despedida contra la pared.

Al sonido de la lucha acudieron Brazos y Jud, ambos armados de sendos revólveres que no podían utilizar para no herir a su jefe.

Intentaron intervenir, pero Dolan después de disparar otro derechazo contra el *gangster*, se echó sobre él para sujetarle por las solapas y parapetarse con su cuerpo, mientras apoyaba su espalda contra la pared.

—¡Quietos, sabuesos! Esto es una cosa particular entre vuestro jefe y yo! —Y soltó a Sterling de una mano para tomar su revólver y apuntarle fieramente al rostro.

—Voy a agujerearle la frente si no salís de la habitación antes de un minuto. —Y amartilló el “Colt”.

—Haced lo que os dice —rezongó Sterling jadeante, dolido por los golpes y temeroso de lo que pudiera ocurrir.

Brazos y Jud obedecieron.

Una vez la puerta estuvo cerrada, Dolan repitió:

—Te ganarás el ojal entre ceja y ceja, si no me dices ahora mismo dónde puedo encontrar a Kurt Shalton.

—¿Qué?

—Anoche se cometieron tres asesinatos, uno de ellos en la persona de Brenda... Mi mujer. Brenda y Shalton eran amigos y tú conoces a Shalton... ¿Todavía no sabes de quién te hablo?

—¡Oh, sí! Pero ese tipo no es amigo mío. Conocido solamente. No sé su domicilio.

—Lo vas a pasar mal, Sterling... Te lo aseguro.

—De veras, Dolan —balbució Sterling—. No vive en Nueva York que yo sepa. En Las Vegas, en Las Vegas tiene su casa.

—Brenda estaba ayer en Nueva York... Y si ella estaba es probable que Shalton no anduviera lejos.

—Puedes... Puedes mirar en el hotel Albatros en State Island... Sé que en sus viajes solía alojarse allí. Es todo cuanto puedo decirte. Ve a comprobarlo, Dolan.

—¡Qué fácil, eh! Yo voy y tú le avisas... O acaso me has mentido y así me quitas de encima. No, amigo. No soy tan idiota. Tendrás que venir conmigo. Utilizaremos tu coche. ¡Vamos! Sigue adelante.

Sterling no tenía más remedio que obedecer.

Echó adelante y al salir, tal como Dolan suponía, se encontró con Brazos y Jud al acecho.

—¡Cuidado! —les previno—. Sterling y yo vamos a dar un paseo. No temáis por su preciosa vida, a menos que él se empeñe en perderla. Díselo, Sterling. Diles que me dejen pasar. No bromeo. ¿Lo oyes? Dispararé contra el primero que se haga el idiota.

Los otros dos se apartaron. Dolan les obligó a entrar en el despacho y luego les encerró allí, con un ojo mirando a la puerta y el otro a Sterling,

Respiró tranquilo cuando se vio fuera del apartamento primero y en la calle después.

Llevaba el revólver en el bolsillo y seguía detrás de Sterling para vigilar todos sus pasos.

Por fin subieron al coche. Sterling a indicación de Dolan tomó el volante. Cuando puso el coche en marcha, el detective murmuró:

—Llévame donde está Shalton, y mientras por el camino me contarás unas cuantas cosas que deseo saber.

CAPITULO XIII

—Habíame de esa dama. La que me pidió que rescatara el sobre azul de tu caja fuerte. ¿Quién es?

—No lo sé.

—Sterling... Estás olvidando que llevo un revólver y que puedo utilizarlo en cualquier momento.

—Está bien, Dolan. Utilízalo. Dispara y te quedarás con las ganas de saber dónde está Shalton y muchas otras cosas... Estás jugando con fuego.

—Pero el que va a arder eres tú...

—No lo creas. Dotan. Si llegaras a matarme no iríais muy lejos... Mira detrás tuyo y verás un coche que nos sigue.

Por el retrovisor y tras unos segundos de comprobación, Dolan vio perfectamente al pequeño automóvil que iba tras ellos.

—Encerraste a Brazos y a Jud, pero no ibas a creer que no había nadie más cerca de mí... Cualquiera de los dos que encerraste sólo tuvo que llamar al garaje y Pardo tomó el coche para seguirnos.

—Pues el tal Pardo puede encontrar un cadáver si se descuida.

—¿De veras? —sonrió Sterling y en el mismo instante apretó el acelerador.

El auto con extraordinaria velocidad avanzó al vehículo que tenía delante y se pasó un semáforo en rojo para echarse hacia la derecha y continuar alcanzando ya los ochenta kilómetros.

—Tal vez tengamos suerte y nos detenga un policía de tráfico. En cualquier caso si disparas a esa velocidad tú tampoco vas a salir muy bien librado.

—No trates de impresionarme, Sterling... Yo sé cómo dominar esos casos. —Y al decirlo Dolan buscó con el pie el freno, mientras con las manos intentaba dominar el volante.

Sterling se defendió férreamente cortando el acceso a los mandos a su antagonista.

El auto zigzagueaba peligrosamente, ya alejado del tráfico de las calles, y enfilando por una autopista.

—Vamos a estrellarnos, Dolan —exclamó Sterling.

—No me importa con tal de aplastarte, Sterling...

Te demostraré que es peligroso jugar conmigo.

Mientras hablaban seguían intentando dominar el vehículo cada uno con un fin distinto.

Sterling viró bruscamente hacia la izquierda cortando el paso a un “Cadillac” que hizo sonar insistentemente el claxon.

Dolan consiguió enderezar el coche, mientras momentaneamente colocaba su pie en el freno, pero Sterling le hizo salir de un patadón.

El automóvil sufrió una brusca sacudida al quedar faltar de gas por unos segundos.

Sterling aferrado al volante aguantó el vaivén y volvió a acelerar.

Dolan soltó la derecha que tenía aferrada al volante y sacudió el rostro de Sterling que consiguió esquivar.

Acto seguido al *gangster* soltó un revés también con la derecha que alcanzó el cuello del detective.

Durante unos instantes Sterling condujo con una sola mano cuando la velocidad sobrepasaba los cien kilómetros a la hora.

Con la otra mano mantenía a Dolan empujado hacia atrás.

El detective reaccionó y apartó de un empujón el antebrazo de su antagonista y volviéndose contra él soltó su derecha hacia el pecho.

Sterling tosió ante lo impulsivo del golpe.

Dolan golpeó de nuevo en el rostro y el otro tuvo que cubrirse para evitar el castigo.

El auto, sin manos que sujetaran el volante, zigzagueó y el detective tuvo que abandonar la lucha para enderezarlo, lo que aprovechó Sterling para golpearle la nuca.

El detective supo encajar el golpe y nuevamente pasó al ataque, pero Sterling virando bruscamente salió de la autopista para enfilar la carretera que dando un rodeo, con una curva de ciento ochenta grados, se desviaba de la ruta de State Island.

Dolan aferró bien a Sterling por el cuello con una sola mano y comenzó a apretar.

El conductor se debatía frenéticamente. Dolan le golpeó el hígado un par de veces con golpes cortos, medidos y contundentes.

La fortaleza de Sterling cedió.

El auto aminoró su marcha. Dolan no podía aflojar su presión a fin de que Sterling no volviera a acelerar.

Dejó que la dirección siguiera al albur.

El auto hizo una extraña pirueta y salió de la carretera.

Poco después y tras recorrer treinta metros sobre un campo yermo, quedó empotrado entre un montón de arena.

Sterling salió de estampida por la puerta de su lado y un instante después lo hacia Dolan saltando sobre él e impidiéndole toda reacción.

Le levantó casi en vilo y le soltó un demoledor directo que acabó definitivamente con su resistencia.

Cuando Sterling quedaba inmóvil sobre el campo, el automóvil que les había seguido se detenía allí cerca.

Dolan no quiso perder tiempo y se metió de nuevo en el auto para proseguir la marcha, pero no consiguió arrancar. Las ruedas patinaban y el

morro empotrado entre la arena se negaba a salir.

El otro tipo llamado Pardo se acercaba corriendo.

Dolan salió en tromba y corrió hacia Pardo que echaba mano al bolsillo, seguramente para proveerse de un arma.

El detective se lanzó contra él en plancha.

Pardo recibió el cabezazo en la boca del estómago y cayó empujado con la boca abierta, ahogando una exclamación.

El detective, incorporóse rápidamente y sin dejar que Pardo lo hiciera le golpeó con el pie primero un costado y después el otro.

Pardo todavía rodó sobre sí mismo y quiso levantarse.

Tambaleante quiso plantar cara a Dolan, pero sólo consiguió un tremendo gancho que le hizo saltar hacia atrás dejándole tumbado igual que su jefe.

Dolan no tenía demasiado tiempo. En aquel asunto los minutos podían revestir una importancia vital y ante todo quería hablar con Shalton para ver de poner en claro lo del asesinato de su esposa. Después ya vendría lo demás.

Tomó el coche de Pardo, que era el único que tenía a mano en buenas condiciones y rápidamente lo puso en marcha apretando el acelerador.

State Island estaba a poco menos de diez minutos si continuaba a la misma velocidad.

¿Sacaría algo en limpio de su encuentro con Shalton?

Eso contando, claro está, con que Kurt Shalton estuviera en el hotel que antes había indicado Sterling.

* * *

El Albatros era uno de los muchos hoteles turísticos de la zona de recreo de la playa.

Moderno, con doce plantas y elegantes terrazas sobre la misma arena, ofrecía un aspecto señorial y alegre a la vez.

Dolan detuvo el coche a escasos metros de la entrada y bajando rápidamente se encaminó hacia la puerta.

Momentos después en recepción le informaban:

—El señor Shalton no está en estos momentos.

—Pero se aloja aquí.

—En efecto, señor.

—Deme el número de su habitación. Soy amigo suyo y no le molestará que le espere.

El empleado dudó, pero cometió la equivocación de meter la mano en el casillero de la llave, y Dolan pudo saber que se trataba de la 514.

—Lo siento, señor... Eso no puedo hacerlo sin permiso del señor Shalton.

—Lo comprendo... Olvídelo. ¡Ah! Y no le diga nada al señor Shalton. Le esperaré aquí abajo... Es que quiero darle una sorpresa, ¿sabe? —Y

guiñándole un ojo dio un billete de cinco dólares al empleado.

Se alejó pensando: “514. Quinto piso, puerta 14”.

Hizo como si fuera a salir, pero se quedó en la tienda de libros de la planta baja y cuando observó que el empleado de recepción no podía verle, se encaminó hacia uno de los ascensores.

—Quinto piso, por favor —pidió.

* * *

Con la ayuda de una ganzúa y su natural habilidad. Dolan consiguió entrar en la habitación.

Tras echar una ojeada se dedicó a inspeccionar el equipaje de Shalton.

Ropa, una máquina fotográfica, una cartera de mano vacía, un bloc con algunos garabatos y números que no parecían tener ninguna relación. Nada pues parecía indicar una pista.

Al abrir el cajón de la mesita de noche, debajo de unos pañuelos, vio una pistola del 22. Accionó el cargador. Estaba completo. Quitó los pequeños proyectiles y los guardó.

Pasó al baño. Allí se veía todo normal. Una maquinilla de afeitar eléctrica, pasta de dientes, cepillo.

Volvió a la habitación y miró el armario empotrado.

Allí estaban los trajes y... Al pasar la mano por el estante superior, bajo una manta del hotel dio con una carpeta. La sacó.

Instantes después, sentado en una butaca cerca de la terraza la abrió para examinar su contenido.

Un certificado de importación de conservas de reciente expedición, documentos de aduana y la consignación de la carga de un buque a nombre de Ronald Stanley, de Los Angeles, traspasado a Kurt Shalton como empleado suyo y con poderes para recibir el envío.

La fecha de llegada del barco era para el día siguiente y el nombre del mismo *Islama*.

No había nada anormal en todo aquello. Le sonaba el nombre de Stanley como negociante en conservas de importación, lo único que le extrañaba era que Shalton pudiera trabajar para una empresa respetable.

Iba a dejar la carpeta cuando cayó un papel en el suelo. En él había anotados tres números.

Sin duda alguna correspondían a tres teléfonos de Nueva York.

Los retuvo en su memoria y volvió a dejar la carpeta en su sitio cuando escuchó que una llave se introducía en la cerradura.

No tenía tiempo de salir. Buscó dónde esconderse y no vio sitio mejor que el cuarto de baño.

Se metió tras la cortina que disimulaba la bañera y esperó.

Oyó claramente los pasos del hombre que acababa de entrar.

Esperó... Era evidente que Shalton se estaba cambiando de ropa, tal vez iba a entrar en el baño.

Dolan no se equivocó. Instantes después, con el torso desnudo el alto y esquelético Kurt Shalton entró en el cuarto. Dolan salió de su escondite.

—Bien venido al hogar, Shalton...

—¿Eeeh?

—Tengo un revólver en el bolsillo y dos puños a la vista, espero que no me haga utilizar ni lo uno ni lo otro.

El recién llegado se esfumó como una exhalación hacia la mesita de noche. Tras él Dolan apareció en el umbral de la puerta.

—No se esfuerce, Shalton. La pistola está descargada. Este es su primer error. No cometa otro porque va a lamentarlo.

—¿Cómo diablos ha entrado? —farfulló el larguirucho.

—Eso no tiene importancia, Shalton. Siéntese y conteste a lo que voy a preguntarle... Hágame caso y no cometa ninguna tontería porque hace tiempo que tengo deseos de romperle la crisma y éste puede ser un buen momento.

—Oiga, si es por lo de su mujer...

—No me interesa Brenda... Hace tiempo que la consideré muerta para mí. Sólo que ahora lo está de verdad. Por lo visto estorbaba a alguien y la quitaron de en medio. Pero usted debe saber algo de esto. Infórmeme, Shalton, porque no estoy dispuesto a que la policía me cargue con el muerto.

—No sé de qué me habla.

Shalton se había sentado. Dolan estaba en pie frente a él con actitud en apariencia distraída, pero de pronto su derecha salió disparada y chocó contra las narices del inquilino de la habitación que saltó hacia atrás dando una grotesca pirueta por encima del sillón.

—Segundo error, Shalton. Le advertí que no los cometiera. Conteste rápido a mis preguntas.

Jadeante Shalton se puso a gatas para tomar aliento, aunque en realidad lo que hizo fue buscar el momento preciso para lanzarse en tromba contra Dolan.

El detective parecía esperarlo. Se apartó a tiempo y Shalton fue a estrellarse nuevamente contra el suelo.

Aquella vez Dolan le ayudó a levantarse. Le alzó casi en vilo y le soltó para pegarle cuatro bofetadas con la mano cargada de dinamita.

A la cuarta lo soltó y Shalton, medio atontado, se dejó caer de otro sillón.

—¿Suficiente, Shalton, o seguimos con el juego? ¿Quién mató a Brenda y por qué?

—No lo sé... Le digo la verdad. No lo sé, Dolan.

La izquierda del detective buscó la mandíbula adversaria.

Shalton salió nuevamente despedido por encima del respaldo de su asiento.

Se levantó con un hilillo de sangre resbalando por su rostro y la expresión de quien está próximo a desmayarse.

—Necesito un trago, Dolan.

—Un médico necesitará pronto si no contesta.

Se dejó caer otra vez. Ahora sobre el borde de la cama.

—Ella vino conmigo...

—Esto está mejor, Shalton. ¿Y qué más? —replicó Dolan—. Fue usted quien le pidió que me llamara por teléfono.

—No... Yo no sabía que le hubiera llamado. De veras. Teníamos que pasar aquí dos días, cuestiones de negocios. Anoche se fue a eso de las nueve, y ya no volvió.

—¡Y usted tan tranquilo! ¿Eh, Shalton?

—Dijo que tal vez pasaría la noche fuera de casa. Tenía amigas en Nueva York... Bueno, yo no la tengo sujeta a los pantalones. Es libre de hacer lo que quiera... Esta mañana al leer el periódico me he enterado. Pero sé tanto como usted.

—Me gustaría poderle creer, Shalton, pero soy desconfiado por naturaleza. Tendré que seguir el tratamiento para refrescarle la memoria. A lo mejor se le ha olvidado algo.

Y Dolan blandió el puño como si fuese a golpear nuevamente a Shalton, pero éste con un ademán le contuvo.

—¡Espere! Eso debería preguntárselo a Sterling... Creo que ella tenía que verle.

—¡Vaya! Esto no lo esperaba yo... Conque Brenda y Sterling también eran amigos... amigos... Entonces tal vez sepa por qué se casó conmigo en Las Vegas.. ¿Fue acaso una orden de Sterling?

—No, Dolán. Ella, ella era así... Caprichosa. Cuando usted nos encontró discutiendo en aquel bar de Las Vegas y la defendió, Brenda Ignoraba que usted trabajaba para Sterling... Fue él...

—¿Qué pasó?

—Fue él, Sterling. Cuando lo supo le dijo que le dejara.

—¿Por qué?

—No lo sé...

—Vamos, vamos, Shalton. Se está recobrando y tendré que darle un poco más de medicamento...

—Está bien, Dolan. Sépalo de una vez. Brenda trabaja en uno de los clubs de Sterling. Es empleada suya. Si conoce a Sterling ya sabe que no le gusta compartir lo suyo con nadie. No quería que Brenda fuese su mujer porque ella habría dejado de trabajar para él y la amenazó con hacerles la vida imposible a los dos.

—¿Y qué podía importarle a Sterling si una empleada suya se casaba?

Shalton se encogió de hombros...

—Comprendo —adivinó Dolan—. Quizá Sterling temía que Brenda

podría soltar su lengua y revelarme algo que él no quiere que se sepa... Bien, Shalton. No ha sido una charla agradable. Usted me es especialmente repulsivo, pero desgraciadamente sospecho que volveremos a vernos.

CAPITULO XIV

La llamada desde un teléfono público a la central de policía para hablar con Darwey le fue puesta directamente al despacho del inspector Loman Park.

La regia y autoritaria voz del jefe dijo:

—Espero que sea buen chico y venga usted mismo por aquí, Dolan. Voy a dictar una orden de detención contra usted.

—¿De qué se me acusa, inspector?

—Del asesinato de un individuo llamado Smoke. Se han encontrado huellas suyas en la casa. Eso concuerda con la declaración del portero del inmueble.

—¿Y cómo han comprobado esas huellas, inspector?

—Ya lo sabrá. No haga preguntas y entréguese.

—¿Y qué hay de lo de mi mujer? ¿No se me acusa también de ese crimen?

—De eso no tenemos pruebas, pero desde luego es usted el sospechoso número uno. ¿Qué hace, Dolan? ¿Viene por su voluntad o...?

—Tendrá que darme algún tiempo, Park. Un día. Quizá se lleve alguna sorpresa. Es una lástima que tenga que hacerlo todo yo solo, pero no puedo esperar colaboración por su parte.

—¿Está loco? Está usted detenido. No haga tonterías.

Dolan colgó y salió de la cabina. A partir de aquel momento sería un hombre perseguido. Debía obrar de prisa y ocultarse a la vez. Para ello contaba con el lugar adecuado.

* * *

—¡Claro que puedes permanecer en mi casa, Ernie! —exclamó solícita la enfermera Vilma Darrow—. Quédate el tiempo que gustes. Lo que siento es que te persigan... Creo que sería mejor que hablaras con tu amigo al teniente, quizá él te ayudaría.

—No depende de él, Vilma, y no quiero entregarme como un cordero. No tengo pruebas a mi favor. Mis huellas estaban en la casa de Sterling, y nadie puede justificar por qué estaba allí. La mujer que me con trató ha muerto. Los papeles que tomé de la caja no son tales documentos, sólo papel en blanco. Y por añadidura está mi lógico deseo de ajustar cuentas por la de la otra noche. —Hizo una pausa y añadió—: Y si esto no fuera suficiente está el asesinato de Brenda También acabarán haciéndome pagar los platos rotos.. Pero ahora ya sé más. Sé que Sterling y Brenda eran amigos.

—¿De veras?

—Sí, Vilma, y otra cosa... Desde hace un rato me es toy preguntando si esas tres muertes no guardarán relación.

—¿Tú crees?

—Tengo que esperar la noche, Vilma. Me será más fácil moverme. Haré otra visita a Sterling. Puede que sea allí donde esté la clave de todo.

—¿De lo que te ha contado Shalton?

—Sí...

Ernie Dolan explicó a Vilma todo lo ocurrido. Era la única persona en todo Nueva York en quien podía confiar. De no ser por ella, no habría tenido donde refugiarse.

* * *

La noticia apareció en los periódicos de la tarde.

Un hombre había llamado desde Los Angeles, interesándose por el asesinato de la mujer no identificada, cuyo retrato había aparecido en los diarios de la mañana.

Cuando, ya de noche, Dolan compró un ejemplar y leyó la nota, su rastro expresó la sorpresa propia del caso. No era para menos.

“Ha sido identificada la mujer hallada asesinada en Central Park. Se trata de Gloria Stanley, hija del conocido comerciante y hombre de negocios californiano Ronald Stanley.”

Lanzó un silbido recordando los documentos en poder de Shalton.

En aquellos momentos Dolan tenía la sensación de tener en su poder todas las piezas del rompecabezas, pero sólo faltaba encajarlas.

Era como el escritor que tiene en la máquina todas las letras para hacer un relato, sólo que tiene que ponerlas en orden.

‘Decidió que su primera visita tendría que ser nuevamente para Shalton.

* * *

Una llamada telefónica le bastó para saber que Shalton había dejado el hotel aquella misma mañana.

Colgó contrariado y obedeciendo a una corazonada llamó al Pegasus Club.

—¿Quiere ver si está un caballero llamado Kurt Shalton. Posiblemente estará con el señor Sterling —pidió con un pañuelo en el auricular.

—¿Quién le llama? —preguntó lo voz a través del hilo.

—El... El teniente Darwey. Es relacionado con alguien a quien estamos buscando por asesinato y sabemos que esta persona estuvo esta mañana en State Island. Es posible que el señor Shalton pueda ayudarnos.

—Espere un momento, teniente. Voy a ver.

La espera se prolongó un par de minutos. Dolan sonrió satisfecho cuando escuchó la voz de Shalton que decía:

—Shalton al habla.

—Celebro que esté aquí. Soy el teniente Darwey —siguió Dolan con la misma comedia—. Vengo para ahí ahora mismo.

—No se moleste, teniente. No tengo ninguna denuncia que hacer.

—Pero puede ayudarnos.

—Temo que no —replicó Shalton con cierto nerviosismo en la voz.

—De todos modos, no se mueva. A veces un detalle puede servirnos de ayuda. Todos estaremos más tranquilos cuando Ernie Dolan sea detenido.

—Sí, por supuesto —murmuró Shalton.

Colgaron. Dolan se frotó las manos. La cosa comenzaba a encajar.

“Shalton y Sterling juntos... tres asesinatos y todas personas relacionadas con ellos, incluyendo al tal Ronald Stanley, hummm, ésta es la pieza que falta encajar.”

Tomó el subterráneo para dirigirse a la estación más próxima al Pegasus Club.

Una vez allí en vez de utilizar la puerta principal echó por un callejón y penetró por la entrada de emergencia y servido.

La única dificultad estaba en tener que cruzar por delante de la cocina.

Aguardó a que los carnereros one con las bandejas entraban y salían sirviendo los primeros canapés de la noche se marcharon y pasó como una exhalación.

Cuando salió al salón principal se situó en un ángulo observando al guardián que solía vigilar la entrada. Era el mismo del día anterior.

Había que deshacerse de él.

Aprovechando que estaba atento a un número de *Streip-tease*, buscó unas monedas de su bolsillo y las dejó caer a los pies del hombre que al sonido metálico se inclinó.

Como una centella Dolan se colocó tras suyo y le golpeó la nuca con el canto de la mano. El golpe certero y contundente hizo caer al guardián como un fardo. Le sujetó para que el ruido no llamara la atención de nadie.

Se colocó inmediatamente en el despacho.

Apenas dentro se encontró con tres revólveres encañonándole. El de Brazos, el de Jud y el de Sin Nombre.

Tras ellos Sterling y Shalton le miraban con una sonrisa burlona.

—Adelante, Dolan. Te estábamos esperando —sonrió Sterling.

CAPITULO XV

La explicación era muy sencilla. El teniente Darwey había estado allí muy poco antes de que él telefonara.

Ahora todo parecía indicar de que tenía una buena paliza asegurada, si no algo peor...

—Bueno, no siempre se puede ganar —sonrió él retrocediendo—. Se ve que tengo una mala temporada.

Le dejaron acercarse hasta la puerta que en aquel momento se abría lentamente. Detrás de Dolan apareció el hombre que momentos antes había golpeado.

El tipo levantó la mano enérgicamente y la bajó con dureza descargándola contra la espalda de Dolan que cayó sin darse exacta cuenta de lo que acababa de sucederle.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jud.

—Llévadle al sótano. Nos interesa que nos deje tranquilo un par de días. Si se despierta no sabrá dónde está y por más que grite o intente salir resultará inútil.

Le sacaron por una puerta de emergencia disimulada detrás del escritorio de Sterling. Y entre Jud y Brazos le bajaron por la escalera que comunicaba coa los sótanos del local.

Después de cruzar un pasillo le arrojaron a un cuarto pequeño carente de ventanas y sin más luz que una bombilla de escasos vatios.

* * *

Despertó aturdido aún por el golpe. Naturalmente, cuando se incorporó intentó abrir la puerta utilizando una ganzúa, pero comprobó que estaba cerrada con candado desde la parte de fuera.

Golpeó tres o cuatro veces aun a sabiendas de que sería inútil.

Al fin se dejó caer en el suelo y se puso a pensar.

* * *

A las dos de la madrugada, hora de Nueva York y en vuelo procedente de Los Angeles llegó entre los pasajeros un hombre alto, elegante, distinguido y nervioso también.

Un taxi le condujo directamente a la central de homicidios.

Media hora más tarde, Ronald Stanley estaba en el despacho de Loman Park que a su vez era asistido por el teniente Darwey.

El padre de la mujer asesinada explicó:

—Mi hija llevaba algún tiempo viviendo por su cuenta. Quiso venir a Nueva York y no me opuse. Era mayor de edad y siendo mujer no podía

esperar de ella que continuara mi negocio. La última vez que tuve noticias suyas fue la semana pasada. Llevo la carta en mi bolsillo...

—¿Sabe si tenía algún enemigo, alguien que pudiera odiarla hasta el extremo de asesinarla?

—No conocía a ninguna de sus nuevas amistades. Tengo algunos negocios aquí, pero he dado poderes a uno de mis empleados para que los resuelva.

—¿Y ese empleado suyo... conocía a su hija?

—No lo creo... Por otra parte, de la forma que la hallaron, parece mejor el delito de un perturbado... ¡Desnuda! Pobre Gloria...

—Bien, luego continuaremos si no tiene inconveniente. Ahora aunque le resulte doloroso, tendría usted que identificarla.

—Sí. Lo haré. Deseo verla —murmuró el hombre apesadumbrado.

* * *

La ciudad había recuperado el ritmo normal después de la pausa nocturna, y Brazos, de guardia aquella noche en el Pegasus, se desprendió del diván donde había estado tendido y se encaminó a prepararse un buen café.

Cuando lo hubo tomado preparó otro y con él bajó al sótano, siguiendo las instrucciones de su jefe.

Antes de abrir, sacó su revólver, dejó la taza en el suelo y miró a través de una rendija.

Sus ojos mostraron un gran estupor cuando a pesar de que la estancia podía abarcarse con una sola mirada, dentro no había el menor rastro de Ernie Dolan. ¿Cómo había podido salir si el candado estaba igual, y nada parecía haber sido forzado?

Se apresuró a abrir.

Apenas cruzó el umbral tuvo la sensación de que el mundo le caía sobre su cabeza.

No era el mundo. Era Dolan.

Colgado de una viga de hierro que sobresalía en el ángulo próximo a la puerta y con las piernas encogidas había aguardado el momento oportuno para saltar. Cuando Brazos quiso reaccionar, Dolan le golpeaba a diestra y siniestra hasta dejarle inconsciente.

Salió encerrándole.

Poco después en el mismo vacío local, hizo las comprobaciones de los tres números de teléfono que había visto anotados en la carpeta de Shalton.

Buscó en el listín, y tomó nota de las respectivas direcciones.

Uno de ellos correspondía a Long-Island y después de llamar varias veces no obtuvo respuesta. Al preguntar a la operadora dijo:

—Señorita, estoy llamando a mister Samuels. Es 23-25. ¿Está averiado

porque no contestan?

Tras una pausa la muchacha replicó:

—Se equivoca de número, señor. Este teléfono está a nombre de Stanley.

No quiso saber más, colgó y buscó nuevamente en el listín. Allí estaba el nombre: Stanley y aquel mismo teléfono.

Salió del Pegasus por la puerta de servicio y frenando su marcha para no llamar la atención tomó el primer taxi y se hizo conducir a las señas que había sacado del listín.

* * *

La casa era de moderna construcción, lujosa y cara. Rodeada de jardín y aislada de las demás residencias era propia para una persona bien aposentada.

Después de llamar varias veces y comprobar que no había nadie, decidió entrar utilizando una ventana. No le importó en absoluto tener que romper el cristal.

Una vez dentro pudo comprobar que el confort correspondía a la fachada. El gran salón, el comedor íntimo, un cuarto estudio, todo amueblado y decorado con el más exquisito gusto.

Luego la escalera que subía a la planta superior, toda construida en mármol y bien alfombrada. Evidentemente el propietario de aquella residencia no llevaba mucho tiempo ausente.

Una vez en el rellano superior, Dolan se dirigió al corredor donde pedían verse hasta cuatro puertas. Cada una de ellas correspondía a una habitación.

Fue al abrir la segunda y dar las luces, cuando Dolan tuvo la normal impresión de quien se halla en un sitio donde ya ha estado antes.

¡Era la habitación donde había despertado después de que los hombres de Sterling le golpearan!

Allí vio por segunda vez a la que hasta entonces era una desconocida dama.

Era lo que esperaba encontrar.

* * *

Después de un rápido, pero concienzudo registro, se dirigió al estudio. Al abrir los cajones notó cierto desorden que desentonaba con la buena disposición de lo restante.

¡Alguien había estado allí antes que él!

¿Qué podían estar buscando?

Indudablemente Gloria Stanley guardaba algo que interesaba a otras personas... Posiblemente a sus asesinos. ¿Quiénes? Tal vez Sterling, o Shalton...

Contrariado pasó los ojos por la estancia, intentando buscar algún rincón donde mirar. En su recorrido se detuvo en la papelería. Había tres o cuatro papeles arrugados, rotos.

Instintivamente los sacó. A veces en los lugares más a la vista suelen pasar muchas cosas inadvertidas.

En uno de aquellos papeles había unas iniciales M. P. y un número de teléfono. ¡Era idéntico a uno de los dos que Shalton tenía anotado! Cuando antes había llamado le contestaron que era un restaurante llamado Montana... ¿Qué podía significar M. P.? Un nombre desde luego, pero... ¿cuál?

De pronto una luz se hizo en su cerebro. ¡M. P! ¡Mike Polane! ¿Por qué no? Polane muy bien podía administrar el local, como hacía con tantos otros...

—¿Qué demonios tiene que ver Polane? —se preguntó en voz alta, pero enseguida abandonó sus cavilaciones al oír el ruido del coche que se detenía frente a la casa.

Asomó con prudencia, procurando no ser visto.

A punto estuvo de pegar un brinco, al comprobar que se trataba de la policía, con el teniente Darwey al frente y un hombre desconocido para él, pero que de haberle observado sin prisas habría descubierto en él rasgos de parentesco con la bella Gloria Stanley. Lo cual no tendría nada de particular ya que se trataba de su padre.

Dolan corrió en busca de otra salida. La encontró en la parte trasera. Le fue fácil abrir desde dentro, y cerrar de golpe antes de que los otros entraran.

Escapó a través del extenso parque natural que se extendía tras los edificios y más tarde, después de una buena carrera, llegó al centro comercial.

Desde una cabina volvió a llamar al restaurante Montana y pidió directamente por Polane.

—El señor Polane no estará hasta la tarde. ¿Quién le llama?

—Shalton —mintió Dolan.

—¿Shalton? ¡Ah! Bueno... Si se trata de algo importante debe llamar a su teléfono particular.

Para sus adentros Dolan pensó: “¿Conque el nombre de Shalton está relacionado con algo importante, eh?”

Colgó dando una excusa y con un taxi se hizo conducir a la casa de Vilma, Entonces comprobó que había agotado el dinero.

Dio las señas del bar de Rogers, donde llegó en tres cuartos de hora dado el enorme tráfico de la mañana.

Apenas bajar y ordenar al chófer que esperara vio a la rubia.

La llamaba Bomben Smith, aunque nunca la había tratado con demasiada deferencia.

—Hola, Ernie —saludó ella—. Hoy sí que no esperaba verte y menos a estas horas. Ya me ha dicho Rogers que estás muy ocupado.

—Y tiene razón. No dispongo de un segundo replicó metiéndose en el bar seguido de la chica que llevaba el mismo camino.

Pidió a Rogers unos cuantos dólares.

—Veinte o treinta, los que puedas. Te los devolveré en cuanto me sea posible ir a casa.

Rogers se los dio sin el menor comentario.

—Ernie —musitó la muchacha encaramándose a uno de los taburetes de la barra. ¿Estás tratando de averiguar quién mató a esa mujer de la foto en los periódicos? La vi, ¿sabes? Es la misma que estaba aquí la otra noche.

—Eres muy observadora. Gracias, Rogers. Adiós, me espera un taxi.

—Espera, Ernie. Quería verte para hablar de ello.

El se volvió desde el umbral para replicar:

—Ahora no tengo tiempo, bombón. Ya te lo he dicho.

—Bueno tal vez no tenga importancia. Era algo que ella me dijo.

—¿Eeeh? —la sorpresa de Dolan quedó reflejada en su rostro—. ¿Te refieres a la chica que estaba aquí?

—Sí. Me lo dijo la misma noche en que la hallaron muerta. Cuando lo supe sentí un escalofrío... Creo que ella presentía algo.

—¿De qué hablasteis?

—Fue pura casualidad. Yo salía del cine, me aburría y...

—Al grano.

—Ella bajó de un coche. Parecía nerviosa. Al verme me reconoció. Me preguntó si te vería y le contesté que no lo sabía. Entonces me pidió que te dijera que no fueses donde te había pedido porque ya tenía lo que buscaba. Me dijo también que había intentando llamarte, pero que no te localizó.

Dolan pensó que aquel día había estado ausente desde la mañana.

—¿Y no te dijo nada más?

—Sí. Que si algo le sucedía que recordaras la llave que te había dado.

—¿La llave? ¡Claro! El apartado... Creo que empiezo a comprender. Gracias, bombón. Te prometo que cuando termine esto voy a salir contigo una semana seguida.

Se alejó hacia el taxi, y en vez de dar las señas de Vilma dio las de la estación de Pensilvania.

Poco después estaba en el departamento de apartados automáticos.

Buscó el que correspondía a la llave que llevaba encima y que le había dado Gloria para que depositara el sobre.

Abrió y encontró una cartera de mano de piel.

La abrió allí mismo y vio que contenía algunas hojas de papel mecanografiado.

En uno de los bares de la estación tomó asiento y leyó.

Sin preámbulos la nota estaba sintetizada en los siguientes términos:

“No importan las causas ni el cómo ni el cuándo, la cuestión es que tenía motivos para sospechar que en los cargamentos de conservas destinados a mi padre, en algunas latas iban estupefacientes. No podía hablar de ello a la policía porque ignoraba si papá estaba mezclado en ello. La idea de que él fuese culpable me atormentaba y quise investigar por mi cuenta. Hoy todavía ignoro muchos datos, pero en cambio poseo la lista de los compradores de la droga que adjunto a este pliego y sé, además, que el cabeza visible de la banda es Hurt Shalton.

”Por favor, señor Dolan. Le ruego concluya la investigación y si papá está en un aprieto, ayúdele. Gracias.”

A continuación iba su nombre entero y las señas de Nueva York y las de Los Angeles, luego una nota añadía:

”Debido a la reserva lógica no le indiqué mi nombre, supongo habrá comprendido mis motivos.

”Quiero hacer constar además, que los datos que poseo los he obtenido gracias a un individuo llamado Smoke que trabaja para el señor Sterling. Téngase en cuenta en el momento en que esa banda sea apresada. Smoke aunque tarde se avino a colaborar.”

Dolan lanzó un silbido. ¡Drogas! Ahora ya estaba mucho más claro. Mataron a Smoke porque se enteraron de que había colaborado con ella, y a Gloria porque también habían descubierto que estaba sobre la pista. ¿Y a su mujer? ¿Por qué matar a Brenda?

—El criminal sólo puede ser Shalton y si ha sido capaz de matar a la hija de su jefe, demuestra que el padre de Gloria no tiene nada que ver en el asunto.

Como no era cuestión de perder tiempo, antes de dar parte a la policía prefirió ir a los muelles

Recordaba perfectamente el nombre del buque: *Islama*. Allí sin duda estaría Kurt Shalton, el asesino.

* * *

Kurt Shalton estaba.

Pero muerto.

Fue uno de los accidentes hasta cierto punto normales en los muelles. Falló una grúa y el peso que transportaba cayó sobre Shalton. Murió en el acto.

Dolan llegó a tiempo para ver cómo la ambulancia se lo llevaba.

Mezclado entre la gente se acercó al punto donde del *Islama* iban sacando el cargamento de latas de conserva. Subió hasta la azotea de los tinglados y observó cómo trabajaban las grúas. Al apoyarse en unos hierros

notó que la mano le quedaba totalmente sucia de grasa. También el pantalón se le manchó.

Se detuvo al ver acercarse a varios policías y agentes del puerto. Se dirigían hacia ¡EL!

Se escondió en un saliente de la pared y esperó.

Los policías se detuvieron en la cabina de mandos de una de las grúas, y desde su escondrijo Dolan observó cómo sacaban a un hombre inconsciente.

—Tal vez no haya sido un accidente. A este hombre le han golpeado —dijo una voz.

Dolan comprendió. Desde una cabina, alguien que haya observado el funcionamiento de las grúas sabe cómo hay que manejar la palanca para soltar la carga.

Por tanto si el encargado de manejarla había sido golpeado el asesino tal vez se encontraba todavía en el muelle.

Así lo dijo uno de los agentes.

—Registren todo. Detengan a los sospechosos, o a quienes no puedan justificar su presencia en los muelles.

Dolan pensó que él también era un sospechoso.

Desesperadamente al ver que la policía se acercaba buscó un lugar por donde huir y vio una puerta varios metros más allá, en ángulo recto adonde estaba.

Salió en descubierto y una voz gritó:

—¡Por allá! Alguien parece que está huyendo.

¡Le habían descubierto!

Atravesó el portal y descendió rápidamente una escalera que conducía a uno de los tinglados repleto de maderas, bidones y objetos diversos allí almacenados.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deténgase! —gritaron desde arriba.

Dolan corrió con todas sus fuerzas zigzagueando por entre los géneros.

Sonaron algunos disparos.

Jadeante Dolan se metió por otra puerta y salió a una nave más pequeña. Al fondo estaba la calle. Necesitaba llegar hasta allí.

Los pasos resonaban por entre las altas paredes. Dolan, sin embargo, consiguió llegar al exterior cuando algunas sirenas de coches de la policía sonaban.

“Deben haber llamado desde algún teléfono”, pensó.

Había varios coches aparcados y se metió entre ellos. Entonces creyó ver su salvación.

¡Vilma Darrow!

Estaba al volante de uno de los coches.

—Par favor, sácame de aquí. Ha ocurrido un accidente y me buscan.

—¿A ti? ¡Qué tontería!

—¿Qué haces tú aquí?

—Me llamaron del hospital, por lo del accidente. Era demasiado tarde.

Dos coches patrulla se acercaban por un lado. Del otro llegaban los agentes. Ella miró en derredor y murmuró:

—No te preocupes. Diré que eres médico. Todo saldrá bien.

Dolan se caló unas gafas ahumadas, ella puso en marcha el coche y pasó por delante de los autos patrulla sonriendo.

—¿Podemos ayudarles en algo? Soy la enfermera Vilma Darrow. Y el doctor Osborne.

—¡Adelante! —replicó el sargento de la patrulla.

* * *

—¿Lo ves? Ha sido fácil —sonrió ella.

El la observaba. Su mirada recorrió de pies a cabeza a la joven. Era hermosa y bien moldeada.

Sin embargo. Al mirar nuevamente las piernas observó abundantes manchas de grasa en las medias.

—¿Con qué te has hecho esto?

—¡Oh! No sé...

—Vilma... ¿De veras has salido del hospital? ¿Cómo no vas en la ambulancia?

—¿A qué vienen tantas preguntas?

El guardó silencio. Una extraña y a la vez horrible sospecha le estaba asaltando.

Ella detuvo el auto en un lugar apartado del muelle. Las obras habían paralizado el lugar que aparecía solitario.

—Conduce tú, por favor —pidió ella.

El tenía los ojos fijos en las manos de ella, igualmente sucias.

—Vilma...

Ella abrió su bolso y sacó de él una pequeña automática.

—Acabarías llamando al hospital. Te conozco... Tú también vas sucio. ¿Verdad? Estuviste arriba... ¿Es esto lo que estás pensando?

—¡Vilma!

—Lo siento, querido. Tú no figurabas en mis planes, pero sabes demasiado.

Amartilló la automática.

—Fuiste tú... ¿Por qué, Vilma, por qué?

—Muy sencillo. A la Stanley porque sabía demasiado, luego al traidor de Smoke y después tu mujer... Le había entrado el arrepentimiento y no sabía qué hacer para ganar tu confianza. Vino a verme. Me dijo que pensaba llamarte, pero antes— quería saber si entre tú y yo había algo. Le dije que no y le animé a que lo hiciera. No podía hacer otra cosa... Ni dejarla vivir, naturalmente. Y luego a Shalton. Quería quedarse la parte del

león. Demasiado ambicioso.

—¿Quién es el jefe, Polane?

—Polane es sólo un comprador, igual que Sterling. El jefe, querido, soy yo...

—Pero cómo supiste...

—Por Shalton, desde luego, pero no me conformaba con ser únicamente su capricho de un día y decidí trabajar por mi cuenta.

—¿Sola?

—Tengo un amigo, pero es bastante dócil. También es comprador. De él partió la idea. ¿No adivinas quién es?

—¿Le conozco?

—¿Te dice algo el nombre de Rogers?

—¡No!

—Lo siento, querido, ya no viene de uno. Sabes demasiado —replicó ella con intención de disparar.

No consiguió hacerlo, porque en un desesperado esfuerzo Dolan saltó sobre ella. Rodaron por el suelo. Lo que pudiera parecer una escena de amor pasional era una lucha a vida o muerte que terminó con la aparición de Darwey, el inspector jefe Park y media brigada.

—Por poco llegamos tarde —murmuró Darwey—. Debiste avisarnos cuando lo supiste todo...

—¿Es que lo sabíais? Yo acabo de enterarme hace muy poco.

—Lo de los estupefacientes lo sospechábamos —aclaró Darwey—. Pero el señor Stanley ha aclarado algunos puntos, porque él también notaba ciertas anomalías. El único sospechoso era Shalton. Muerto éste nos quedabas tu. Hubiera apostado que acabarías sabiendo algo...

EPILOGO

Salían del cine.

Dolan a instancias de Bombón Smith terminó de relatar la historia.

—Stanley había notado que algunas latas no pertenecían a la misma partida y ello se explica porque Shalton cambiaba las que estaban llenas de droga durante el camino por otras que eran sólo una imitación y que luego llegaba de otras marcas que compraba aquí en Estados Unidos. Tenía un pequeño almacén donde procedía al trasvase y cierre de las nuevas latas... Claro que de no haber sido por el asesinato de su hija, no hubiera hablado de ello y por tanto la policía no habría entrado en sospechas del procedimiento. Al menos por ahora.

—No seas modesto, Ernie. Tú también has colaborado lo tuyo...

El sonrió rodeando a Bombón Smith por la cintura.

Bien mirado era una chica muy apetecible, sin complicaciones, dócil y con más cultura de la que aparentaba su bien cuidado despeinado y sus poses y ropas de última moda.

—Lomar Park ha tenido la prueba que necesitaba para acabar con *gangsters* de la calaña de Polane y de Sterling. Y encerrar también a ese desgraciado de Rogers. ¡Quién lo iba a decir!

—¡Ah, Dolan! ¿Y cómo sabía la hija de Stanley la combinación de la caja fuerte de Sterling?

—Muy sencillo. Empezó queriéndose introducir en su banda y se ganó la confianza de Sterling, hasta que fue descubierta. Por Vilma precisamente... Después cuando yo, cumpliendo su encargo, abrí la caja, ya habían cambiado el sobre que contenía los nombres de los principales compradores, porque confiando en Vilma le dije lo que me proponía y ella avisó a Sterling porque no le convenía que se estropeará el negocio, pero era ya tarde porque Smoke, quizá por dinero o porque la hija de Stanley estaba dispuesta a llegar al final como fuera se le había insinuado, el caso es que se prestó a ayudarla, por eso ya no era necesaria mi intervención. En fin... Ya todo ha terminado.

—Es verdad. Hablemos de otra cosa.

Paseando habían llegado hasta Central Park. La oscuridad los envolvió. Entre las sombras eran una pareja más de las muchas que preferían el silencio y la penumbra.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España